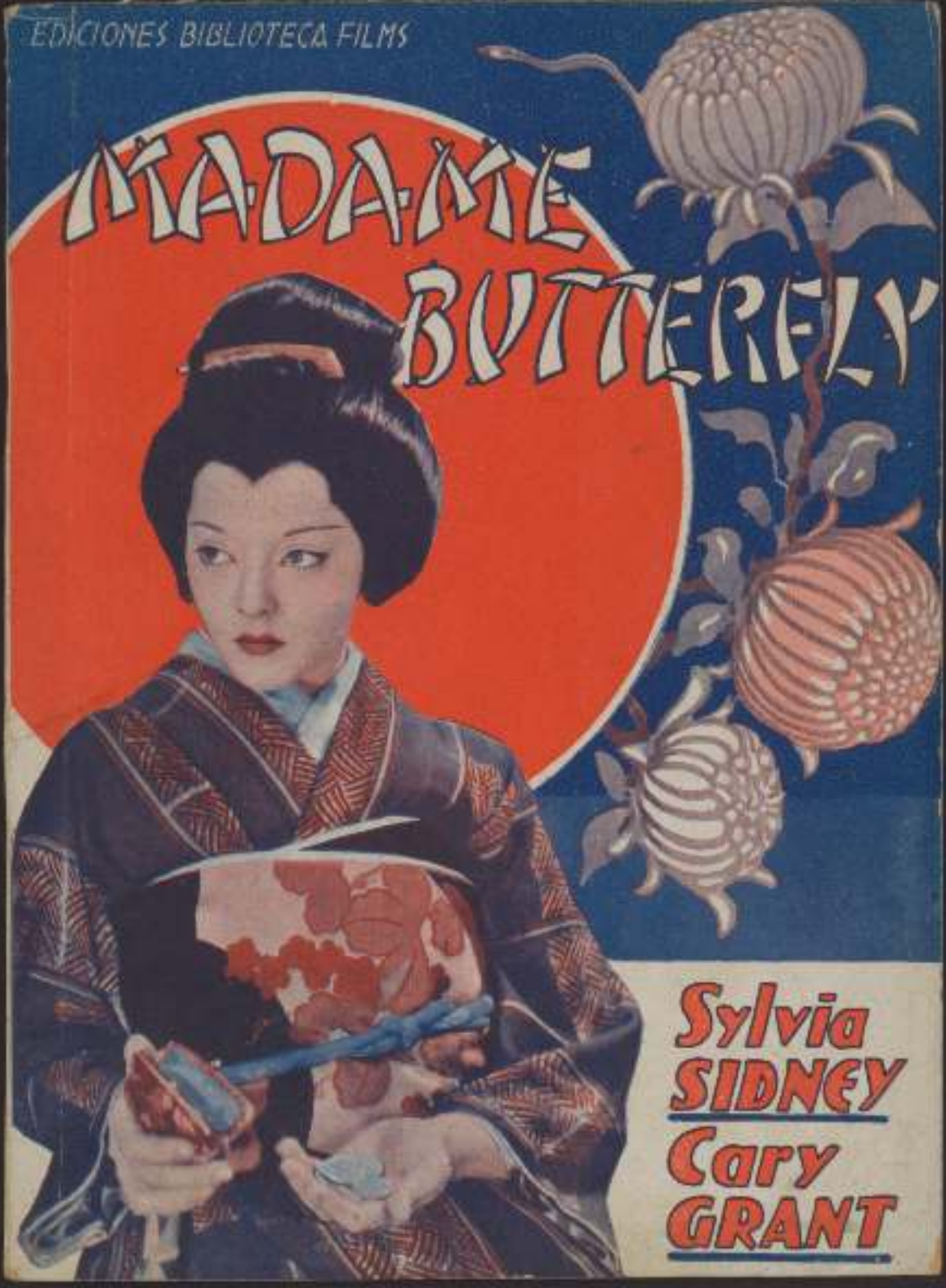
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

MADAME BUTTERFLY



Sylvia SIDNEY

Cary GRANT

MADAME
BUTTERFLY

Reservados los derechos de traducción y reproducción

Imprenta Comercial - Valencia, 284 - Teléfono 70657 - BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALAN
ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 787 - Teléf. 70657 - Barcelona
AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Berbará, 14 - Barcelona

EDITORIAL "ALAS"
Publicación semanal

Madame Butterfly

Una novela en la que todo el aroma oriental del viejo Japón se percibe, entre un amor sincero, puro, lleno de sublimidades, que sabe llegar hasta el sacrificio de la vida, antes que olvidarlo. Es el contraste de dos razas, de dos civilizaciones distintas, pero que aman, sienten y sufren con igual intensidad, en Creación máxima de

SYLVIA SYDNEY

PRODUCCION

Paramount Films

DIRECTOR:
J. M. MESSERI

Teléfono 78003
Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

PRINCIPALES INTÉRPRETES

Chu-chu-san	SYLVIA SIDNEY
Teniente B. F. Pinkerton	GARY GRANT
Teniente Barton	Charlie Ruggles
Yamadory	Irving Pichel
La madre de Chu-chu-san	Helen Jerome
El abuelo de » » »	Edmund Breese

Dirección de
MARION GUERING

Versión cinematográfica de
JOSEPHINE LOVET
y
JOSEPH MONCURE

Basado en el drama de
DAVID VELASCO

Acompañamiento musical de la inspiradísima ópera del mismo título, del eminente maestro
GIACOMO PUCCINI

— NARRACIÓN DEL FILM POR —
MANUEL NIETO GALAN

MADAME BUTTERFLY

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELICULA

UNA CASA DE TE EN EL JAPON

FLORECIAN los almendros, el aire se hallaba embalsamado del aroma de las flores y la juventud de la primavera alegraba los campos, cubriéndolos de sus galas naturales.

El cálido perfume de los rosales, de las madreselvas y de los lirios se hacía enervante para cualquier europeo no acostumbrado a aquel hechizo de la primavera oriental.

Diríase que todo reía en el Universo y que la vida se ofrecía a todos con la mueca más feliz y halagadora.

Sin embargo, una pobre familia oriental, compuesta de un anciano, una madre y una hija, sentían sobre los restos de lo que fué noble y aristocrática familia el zarpazo duro y violento de la miseria.

Era la familia de un antiguo samurai que habían ido a uno de los principales templos para implorar la bendición de los dioses y para pedir ayuda y protección en el nuevo camino que iba a emprender la joven.

Se llamaba ésta Chu-Chu-San y su belleza oriental era extraordinaria. Sus ojos grandemente rasgados, negros como una noche tormentosa, encerraban un dulce misterio, una

quietud amorosa, como un regazo maternal. Sus labios, sin tener el pronunciamiento de las otras mujeres, aparecían sensuales, dibujados como un corazón pequeñito, y solamente se entreabrían para cerrar o para sonreír, dejando, en aquellos instantes de obertura, la línea perfecta de sus dientes blancos que parecían hojitas de nardos perfumados.

Era pequeñita, como la generalidad de todas las mujeres japonesas, y su andar menudito, suave, como una brisa primaveral, dábanle la impresión de una gatita mimosa que va en busca de la caricia de su dueña.

Todo en Chu-Chu-San era encanto y deleite. Hasta su misma voz, tan suave, tan acariciadora, parecía el murmullo armonioso de una fuente que derramara su torrente de agua sobre una madre de cristal.

Inclinados a los pies del dios Hotoke Sama, la familia imploraba protección en silencio, hasta que el abuelo, levantando la vista hacia el ídolo y extendiendo sus brazos, con voz grave y ceremoniosa exclamó:

—¡Oh dios, guía a la hija de mi hijo por el sendero que está pronta a tomar y mándanos tu bendición.

—¡Da a mi hija tu bendición!—exclamó la madre, doblegando su cabeza hasta el suelo donde estaba arrodillada.

Chu-Chu-San elevó también su mirada al ídolo y extendió sus manitas como lirios blancos y pidió la protección de aquel dios, diciendo:

—¡Oh, Hotoke Sama, no permitas que manche nunca el honorable nombre de mi difunto padre y permíteme ayudar a mi ilustre familia, aunque yo no sea más que una mujer.

Quedaron breves segundos con la frente apoyada en el suelo, hasta que finalmente se levantó el anciano, dando por terminada la plegaria. Detrás de él se levantó la madre y a seguido de ésta Chu-Chu-San. Cruzaron el amplio átrio que servía de templo y una vez en la calle se dirigieron directamente al centro de la ciudad.

Ninguno de ellos hablaba palabra; se advertía en sus semblantes la honda preocupación que los embargaban y así siguieron hasta llegar a la puerta de un establecimiento en la que había una inscripción que decía:

CASA DE TE DE GORO

Se habla inglés

Entraron decididos allí y esperaron la llegada de la encargada, quien al presentarse hizo una gran reveren-

cia, contestada por los tres que acababan de entrar, y les dijo:

—Voy a avisar al señor y a la señora Goro.

Hasta ellos llegaron el murmullo de unas risas de las demás geishas que estaban en el establecimiento, y el abuelo sintió que por todo su cuerpo corría un escalofrío de pesar al pensar que tenía que dejar allí a su nieta.

Era la casa de té de Goro la más acreditada en toda la ciudad. Sus geishas eran las más educadas y las más bellas de cuantas había en casas similares. Además, la clientela de Goro, por lo elevado de su precio, era también de lo más distinguido, y por eso fué precisamente esta casa la que había elegido Chu-Chu-San para dedicarse al oficio de geisha.

Hay que advertir, como ya nos lo refiere en su novela «La vuelta al mundo de un novelista» nuestro malogrado Blasco Ibáñez, que en el Japón el oficio de geisha no es deshonroso. La geisha es una mujer digna de los respetos de todos, tan digna como otra cualquiera. Incluso puede decirse que tiene cierta preponderancia sobre los demás, puesto que para serlo ha de tener como condición indispensable el ser bella.

A la casa de las geishas van sus amigas a visitarlas, sus padres y parientes, y hacen una vida sin ese apartamiento que en los países de otros continentes se les exige a las mujeres del placer.

Además, la geisha nunca se amancebe ni falta a los ritos religiosos y costumbres morales del país. Ningún hombre puede permanecer a solas con una de ellas sin haber firmado antes el contrato de matrimonio, contrato que queda nulo al abandonarla él, pudiendo ella contraer nuevamente matrimonio a las pocas horas.

Por esta causa, Chu-Chu-San, haciendo un esfuerzo sobre sus sentimientos delicados, adoptó la resolución de ser una geisha y con sus bodas lograr que su familia viviese bien, sacándola de aquella miseria que los amenazaba.

La madre de ella sentía íntimamente el dolor que le producía el tener que separarse de hija y calladamente, con esa resignación heroica de los orientales, lloraba en silencio, hasta que su hija se le acercó y mimosamente le dijo:

—No llores, mamá Sam.

—Eres tan joven—respondió su madre—, y como nunca has estado fuera de casa...

Chu-Chu-San, para animar a su madre procuró sonreír y le dijo:

—Pronto seré una gran geisha y

tú, mi augusto abuelo y mi hermanito tendréis mucho dinero.

El abuelo, que se había dedicado a inspeccionar la casa, no pudo menos que expresar el sentimiento que le inspiraba el dejar allí a su nieta y dijo a su vez:

—No es éste lugar para la hija de un samurai.

Chu-Chu-San le miró extrañada y el abuelo volvió a decir de nuevo:

—Nunca debí consentir que vinieras.

Chu-Chu-San se acercó a él y con cariñoso respeto, con aquel acento tan dulce con que siempre hablaba, le dijo:

—Tenemos que vivir y yo soy la única que puede ayudar.

El abuelo miró a su nieta, concentrando todo su cariño en ella y quiso recordarle el honor peculiar en la familia diciéndole:

—Tu padre murió con honor por no vivir sin él.

—¿Acaso es deshonroso hacer felices a los demás?—preguntó ingenuamente Chu-Chu-San, al mismo tiempo que sonreía deliciosamente.—Yo cantaré y bailaré para ellos... Además, podré casarme bien y podré compraros regalos...

Antes de que el abuelo pudiera responder se presentó la señora Goro y al ver a la joven se acercó a ella y la acarició maternalmente, preguntándole a su madre:

—¿Con que ésta es Chu-Chu-San?

La muchacha se inclinó ante ella y la señora Goro la miró detenidamente y exclamó al fin:

—¡Qué distinción!... ¡Qué ojos tan hermosos!... ¡Qué boquita tan preciosa!

Chu-Chu-San dejaba que hiciera todos aquellos elogios sin interrumpirla, según la educación del Japón, y la señora Goro volvió de nuevo a decirle:

—¿Hablas inglés?

—Sí—respondió la joven—. Aprendí inglés, aunque mi acento japonés se nota en seguida.

La señora Goro le pasó cariñosamente la mano por la espalda y su abuelo preguntó:

—¿No la verá ningún hombre a solas?

—Ninguno—respondió la señora Goro—, a menos que sea para concertar su matrimonio con alguna boda ventajosa.

Su madre se acercó a ella, la estrechó en sus brazos y le dijo amorosamente:

—¿Rezarás todas las noches la plegaria que te he enseñado, hija mía?

—Sí, mamá San—respondió Chu-Chu-San.

La señora Goro entregó a la jo-

ven a la encargada y ésta la llevó hacia el interior del establecimiento, al mismo tiempo que entraba un tal Yamadori. Era éste uno de los mejores clientes de Goro, un hombre riquísimo que pagaba los contratos de bodas a precios elevadísimos y que por consiguiente dejaban una enorme ganancia a Goro.

Al ver a la nueva geisha se la quedó mirando y abarcando de un solo golpe de vista toda la belleza de la joven le preguntó:

—¿Una nueva, Goro?

—Sí, excelencia—respondió el dueño del establecimiento.

—No la había visto nunca—siguió diciéndole el rico cliente—. ¿Puedo serle presentado?

—¿Por qué no?—replicó Goro. Y haciendo una seña a su esposa para que trajese a Chu-Chu-San, cuando la joven estuvo ante él la dijo:

—Chu-Chu-San, tengo el honor de presentarte al noble señor Yamadori.

Chu-Chu-San miró al desconocido y sintió cierta desazón ante él. No le hubiera gustado que aquel hombre la pidiera en matrimonio. Mas como su opinión valía bien poca cosa en aquellos momentos, se limitó a hacerle una reverencia y Yamadori exclamó:

—No es alegre.

La señora de Goro intervino para evitar aquella mala impresión que le había causado la nueva geisha, y le dijo amablemente:

—Cuando aprenda a ser geisha será más alegre.

Goro levantó la mano hacia la joven y le dijo:

—Puedes irte, Chu-Chu-San.

La japonesita, con igual humildad que había venido, se retiró después de la consabida reverencia y Yamadori, al quedar a solas con Goro, le dijo:

—Tus muchachas han mejorado mucho, Goro.

—Indudablemente — respondió el propietario de la casa de té—. Las mejores geishas son las que yo tengo.

Yamadori seguía con la vista fija por donde había desaparecido la pequeña geisha y al fin le dijo a Goro:

—No me importaría «hacer tratos» para casarme con esa.

—¿Por qué no esta noche?—preguntó solícito Goro.

—Llevas razón—terminó diciendo Yamadori—. Esta noche, cuando regrese, tenla preparada y firmaré las condiciones del contrato.

—Descuide, excelencia—respondió Goro, haciendo una reverencia más pronunciada que las anteriores, pensando en la ganancia que le esperaba.

LA LLEGADA DE LA FLOTA AMERICANA

La flota americana destinada a aquellas aguas apareció aquella tarde en el horizonte. Los enormes barcos de guerra, que como ciudades flotantes habían aparecido, se acercaban rápidamente hacia el puerto y su arribada sería ya dentro de pocas horas.

En uno de los buques, dos oficiales de los que formaban la dotación del barco hablaban amistosamente, mientras uno de ellos iba guardando en una maleta de viaje las prendas que creía debería necesitar en el hotel.

Era éste el más joven de los dos. Se llamaba B. F. Pinkerton y era hijo de una de las más acaudaladas familias americanas. Había abrazado aquella carrera por su afán de correr tierras y su carácter alegre y expansivo había congeniado prontamente con el de su compañero Barton, el otro oficial que estaba con él, a quien sus compañeros jamás habían visto triste en la vida.

Barton miraba cómo su amigo iba haciendo la maleta y le dijo:

—Lo que es yo, te prometo que esta noche no voy al baile del cónsul americano.

—Para ti es la fiesta—respondió Pinkerton.

Su amigo lo miró extrañado y preguntó:

—¿Para mí?... ¿Dices que para mí es la fiesta?

—Claro, hombre—respondió riendo su compañero—. El cónsul americano tiene miedo de dejarte solo y

da esa fiesta para no perderte de vista.

Pinkerton recogió un retrato de una joven que había sobre la mesa y lo guardó en la maleta, después cogió unos prismáticos, y su amigo, al ver que también los colocaba dentro, le dijo riendo:

—Me parece que eso no te va a servir para nada... Vamos a ver las cosas de cerca, que son mucho más bonitas.

—¿A qué cosas te refieres?—preguntó Pinkerton.

—Mira—le dijo Barton—: vamos a dejar el baile del cónsul y vámonos a ver las geishas... Te aseguro que te gustarán más.

Pinkerton lo pensó unos segundos y finalmente aceptó la propuesta de su compañero diciéndole:

—De acuerdo, que baile solo el cónsul... Yo voy a donde tú me lleves.

Cerró la maleta y llamó a un marinero para que se la llevase al hotel. Después, acompañado de Barton, saltó al bote y se dirigieron hacia el puerto.

Al desembarcar, una nube de vendedores ambulantes les cerró el paso ofreciéndoles cada uno su mercancía. Entre los vendedores había uno que llevaba collares y Pinkerton compró uno de ellos, al mismo tiempo que le decía a su amigo:

—¿Por qué no compras tú uno?

—¿Para qué?—preguntó Barton, sin comprender qué utilidad podía tener para él uno de aquellos collares.

—Pues para adornar el cuello de alguna mujer bonita.

—No—exclamó Barton, viendo que otro vendedor le ofrecía una sombrilla—. Yo voy a comprar algo que será más práctico.

En efecto, compró una de aquellas sombrillas y le dijo a su amigo:

—Bueno, ya estamos equipados: ahora, en marcha.

Antes de que dieran un paso se acercó a ellos un caballero y dirigiéndose a Pinkerton le dijo:

—Yo soy el cónsul americano.

—Mucho gusto—respondió Pinkerton—. Yo soy el teniente Pinkerton y aquí mi compañero Barton.

—Lo recuerdo—respondió el cónsul americano—. Estuvo aquí hace un año aproximadamente.

—Y usted me sacó de la cárcel—terminó diciendo Barton.

—Yo fuí muy amigo de su padre—siguió diciéndole el cónsul americano a Pinkerton y usted se parece asombrosamente a él, por eso le he reconocido en seguida—. ¿Vendrán al baile de esta noche?

Pinkerton miró a su amigo como si le quisiera interrogar con la mirada y Barton, que era más fresco que

un helado, respondió inmediatamente:

—Ya lo creo que iremos.

—Entonces hasta la noche, señores.

Los oficiales saludaron militarmente al cónsul y cuando éste hubo desaparecido Barton le dijo a su amigo:

—Ahora sólo nos falta un taxi y ya estamos listos del todo.

Precisamente en aquel instante paró cerca de ellos un japonés tirando uno de esos cochecitos tan populares en el Japón, y Bartón exclamó:

—Mira, ya lo tenemos aquí.

Subieron a él y Barton le dió la dirección de Goro, para pasar allí la tarde y si la cosa se presentaba bien incluso la noche.

En casa de Goro cada geisha tenía su doncella; era como una especie de criada que se la destinaba para vestirla y para ayudarla en todos sus quehaceres. A Chu-Chu-San le destinaron una mujer cariñosa que en seguida tomó cariño a la joven y que se dedicó a elegantizarla aprochando todos los vestidos que Goro había puesto a su disposición. Cuando ya estuvo lista, Chu-Chu-San se miró al espejo y se encontró tan bella que no pudo disimular una sonrisa de satisfacción. Suzuki, que así se llamaba la criada puesta al servicio de Chu-Chu-San, la contempló a la vez con orgullo y exclamó dirigiéndose a Goro, que había llegado:

—La he cambiado... Atraerá marido como la miel a la mosca.

—No hay duda de que es atractiva—respondió el dueño—. Si su conducta está a igual nivel, Yamadori la hallará de su gusto.

—Haré lo posible para que así sea —respondió débilmente Chu-Chu-San, sometiéndose a la voluntad del dueño del establecimiento, contra cuya voluntad no podía revelarse ninguna de las geishas.

Goro la acarició paternalmente y le dijo:

—Ves al gabinete rosa y espera allí la llegada de Yamadori.

Salió Goro y otra geisha que había allí, al ver la suerte que había tenido Chu-Chu-San al conseguir la boda con Yamadori, le dijo envidiosa.

—Vas a casarte, ¿eh?

Chu-Chu-San, sin el menor sentimiento de orgullo, respondió:

—Los dioses decidirán.

—Di más bien que tú lo estás deseando... Se te nota en la cara.

Chu-Chu-San, que no entendía el por qué de aquellas palabras, miró a su compañera con aire de extrañeza, que nuevamente para mortificarla le dijo:

—Una ratita muerta como tú nunca será geisha.

Suzuki, que conocía las ideas de

la otra geisha y sabía lo envidiosa que era, salió en defensa de Chu-Chu-San y le dijo:

—Será una geisha más atractiva que tú.

La otra levantó su mano izquierda y enseñando las sortijas que llevaba exclamó con orgullo de mujer vanidosa:

—Si no fuera una geisha atractiva no llevaría estas sortijas.

—Hacer ostentación como tú haces es muy vulgar... Además, quienes te los dieron se engañaron.

La geisha de buena gana hubiera seguido la conversación, de no haber sido interrumpida por la llegada de la señora Goro, que la llamó para que fuera a reunirse a sus compañeras en el gabinete de Sauco, ya que se acercaban dos oficiales.

En efecto, Pinkerton y Barton habían llegado a la puerta de Goro y bajaron del cochecito. Barton sacó unas monedas y se las entregó al indígena diciéndole:

—Toma, para que te compres un caballo.

Seguidamente se dirigió con su compañero hacia la casa de Goro, en cuya puerta había un criado que les hizo un reverencia profunda.

—Hay que quitarse las botas para entrar aquí—le dijo Barton.

Pinkerton siguió la indicación que le daba su amigo y una vez que estuvieron descalzos entraron dentro del establecimiento.

En el recibidor había varias geishas que los saludaron al entrar y Barton obligó a su amigo a que hiciera igual reverencia que le hacían, diciéndole:

—Ya te acostumbrarás a hacer este ejercicio.

Goro apareció acto continuo y les preguntó humildemente:

—¿Qué desean sus excelencias?

—Música...—pidió Pinkerton.

—...y muchachas—terminó diciendo Barton, a quien le interesaban más las geishas que la música.

—Eso es, y muchachas—dijo a su vez Pinkerton.

—¿Cuántas?—preguntó Goro.

—Yo me contento con una que sea bonita.

—Yo necesito tres—dijo Barton.

Su amigo se le quedó mirando extrañado y le preguntó:

—¿Para qué quieres tres?

—Adivínalo, chico... Desde luego te prometo que no será para aburrirme.

Goro los introdujo en una habitación y salió para llamar a las muchachas diciéndoles:

—Capullo de Durazno para el teniente joven; Brote de Bambú, Miel de Abeja y Lluvia de Primavera para el otro.

Las muchachas se presentaron inmediatamente y Goro, después que los dejó con ellas, se retiró diciéndoles nuevamente:

—Espero que se diviertan.

—Hasta la vista—exclamó Barton.

Luego se puso a contar a las muchachas, que reían forzadamente ante ellos.

Volvieron nuevamente a hacerse las reverencias de costumbre y al cabo de unos minutos apareció Goro y preguntó:

—¿Se les ofrece algo a los excelentes oficiales?

—Sí—replicó Barton—. Queremos café y pastel.

Quedaron otra vez solos y las muchachas intentaron distraer a los dos oficiales. Las tres que habían sido destinadas a Barton se abrazaron a él y el oficial pretendía besarlas, mientras que Pinkerton, empezaba a aburrirse de estar allí.

Ni el ambiente, ni las muchas le gustaban. Pero por acompañar a su amigo, que parecía hallarse muy a gusto, siguió hablando con Capullo de Durazno, quien a su vez hacía esfuerzos por conseguir la atención del teniente.

LA ATRACCION DE UNA SOMBRA

Entretanto, Chu-Chu-San había sido llevada al gabinete rosa para esperar la llegada de Yamadori, con el cual tenía que concertar su boda aquella noche.

La muchacha, sintiéndose alegre, con la idea de llegar a ser una geisha y al oír una música cernaca, se puso a bailar dando a su cuerpo ondulaciones armoniosas.

Su sombra se dibujó a través de los cristales de la habitación donde estaba Pinkerton, que atraído por aquella sombra se levantó de su sitio y abrió la puerta para ver quien era aquella mujer que bailaba en la otra habitación.

Entre el sitio en que él estaba y la habitación donde estaba bailando Chu-Chu-San había una especie de pasillo, que Pinkerton atravesó rápidamente y abrió la puerta del gabinete rosa, al mismo tiempo que le decía Goro, que le había visto:

—Mil perdones... Esa, no.

Pero Pinkerton ya había entrado en el gabinete rosa y había visto a la bella Chu-Chu-San, quien al verse descubierta por un extranjero lanzó un débil grito de espanto y huyó hacia el jardín.

Pinkerton intentó seguirla, pero Goro se opuso diciéndole:

—Tenga la bondad.

Insistió el teniente y nuevamente se opuso Goro diciéndole:

—Haga el favor... Esa no puede ser.

Sin embargo, Pinkerton, atraído por el encanto de la fugitiva, la si-

guió al jardín, al mismo tiempo que un criado anunciaba a Goro la llegada del honorable Yamadori.

Chu-Chu-San corría por el jardín para librarse del oficial que la seguía y éste quedó detenido sobre el puentecito que había en el jardín al no ver a Chu-Chu-San, que se había escondido tras unas matas. Recorrió el teniente con la vista todo el jardín, hasta que vió a la muchacha escondida. Sonrió alegremente y se lanzó tras su persecución.

Chu-Chu-San, que desde su escondite había examinado al oficial, al ver que avanzaba hacia ella pretendió huir de nuevo saltando unas piedras que había sobre un arroyuelo y Pinkerton la dejó avanzar para dar la vuelta por el otro lado y sorprenderla. Se divertía el teniente al ver a la japonesita huyendo de él. Era tan menudita, tan preciosa, que le parecía una muñequita animada de vida. Reía interiormente mientras avanzaba cautelosamente y Chu-Chu-San, antes de cruzar del todo el arroyuelo, se volvió a mirar al oficial. Al no verlo quedó parada y recorrió con la vista el jardín buscándolo. Pero cuando más descuidada estaba, Pinkerton, que se fué acercando a ella, suavemente la cogió por los brazos y al grito que dió ella le dijo sonriendo:

—No huyas... que no muerdo.

Chu-Chu-San le hizo una reverencia y el oficial, cada vez más encantado de su encuentro con aquella geisha, la tomó en sus brazos y como si fuera un juguete la sacó del arroyuelo y la llevó hasta el primer escalón del puente.

Chu-Chu-San, visiblemente emocionada por la presencia del oficial le dijo:

—Gracias, honorable señor.

—¿Con que hablas inglés?—preguntó alegremente el teniente.

—Un poco—respondió Chu-Chu-San, mirándolo fijamente.

Pinkerton, en aquel jardín, en aquella hora y al lado de Chu-Chu-San, sentía todo el encanto oriental de aquel ambiente, y fascinado por la dulzura de la mirada de Chu-Chu-San se la quedó mirando atónito, hasta que la joven le preguntó de nuevo:

—Tiene el ilustre oficial americano la honorable intención de volver a la casa de té?

—Quiero ir, pero no puedo—respondió el teniente.

Chu-Chu-San abrió desmesuradamente sus ojos mirando extrañada al oficial y con aquella voz tan dulce, tan mimosa, le preguntó débilmente:

—¿Por qué no puede el ilustre oficial volver?

—Porque en este momento siendo debilidad en las rodillas.

—¡Qué lástima!—murmuró crédulamente la joven—. Debilidad en las rodillas es cosa muy molesta.

—No tienes idea de lo doloroso que es.

—Iré a la casa de té por ayuda—le propuso Chu-Chu-San.

El sonrió cariñosamente y cogiéndola por una mano le dijo:

—Es peligroso dejarme solo.

Chu-Chu-San se vió ante un conflicto enorme, sin pensar que todo aquello era un ardid del oficial y abrumada por lo que pasaba preguntó inocentemente:

—¿Qué haremos entonces?

Pinkerton cada vez sentíase más fascinado por aquella mujer. Su inocencia, su mimosidad al hablar, el encanto de toda ella, era algo que envolvía todos sus semblantes contagiándole de aquel dulce misticismo que se respiraba en el jardín y le respondió:

—Lo mejor es que me ayudes a ir... ¿Puedo apoyarme en ti?

—Me consideraré feliz en ayudarle—respondió con graciosa infantilidad Chu-Chu-San.

Cuando llegaron al centro del puente, Pinkerton se detuvo y mirando de cerca a la japonesita le preguntó:

—¿Cómo te llamaré?... ¿Muñequita de cera?

—Yo me llamo Chu-Chu-San—replicó ella.

—Muy bonito nombre—repuso el teniente—. ¿Qué significa?

—En inglés quiere decir mariposa que vuela.

—¡Ah, sí!—respondió riendo el teniente—. Te llamas Madame Butterfly.

—Sí, sí, Butterfly—exclamó Chu-Chu-San, y su excelencia, ¿cómo se llama?

—Yo me llamo Míster B. F. Pinkerton.

Chu-Chu-San se hallaba tan a gusto al lado del oficial que ya ni pensaba en volver a la casa de té, y cada vez sintiendo mayor confianza hacia el teniente le preguntó:

—¿Es comandante de la flota americana?

Pinkerton se echó a reír y haciendo un gesto de asombro respondió:

—Mucho más que comandante...

—¿El amo de todo?—preguntó crédulamente la japonesita.

—Con un poco de ayuda del Presidente, soy el amo de los Estados Unidos... Soy nada menos que teniente de navío.

—Ah, es señor teniente B. F. Pinkerton—replicó graciosamente ella. Y ante la categoría que veía en él, intentó arrodillarse en señal de sumisión.

Pinkerton evitó que llevara a ca-

bo su propósito y le dijo amablemente:

—No debes hacer esto.

—¿Hago mal?—preguntó ella.

—Esto no es costumbre americana—le explicó Pinkerton.

—¿Y cuál es la costumbre americana?—le preguntó curiosamente Chu-Chu-San.

Pinkerton la cogió de las manos y le besó en la palma de cada una de ellas, diciéndole:

—Así es la costumbre americana.

Chu-Chu-San lo miró graciosamente. En sus ojos orientales brilló un destello de comprensión y sonriendo, le dijo:

—Ahora comprendo cuál es la costumbre americana.

—¿Te gusta?—le preguntó el teniente, cada vez más ensimismado en la contemplación de aquel rostro que parecía hecho de porcelana fina.

—Sí—exclamó con su innata ingenuidad ella—. Es una costumbre muy interesante.

Parecía enteramente una chiquilla. Era tan infantil todo en ella que Pinkerton no podía apartar la vista de ella, sintiendo atraído por una fuerza misteriosa. A impulsos de aquella atracción la estrechó en sus brazos y le dijo con verdadera pasión:

—¡Qué hermosa eres!

En todo este tiempo, Yamadori había llegado a la casa de te y esperaba en el salón Rosa que fuese Chu-Chu-San. Barton, por su parte, extrañado por la ausencia de su amigo salió a buscarlo, y al ver a Yamadori, le dijo:

—¿Qué hace usted ahí solo, extranjero?... Venga acá con nosotros.

—Gracias—respondió con indiferencia el otro—. Vengo a asuntos de negocios.

—¿A negocios y a esta casa?—preguntó bromeando Barton—. ¡Eso se lo cuenta usted a otro que no sea americano!

Yamadori se hallaba molesto con aquella conversación. Por su parte sentía un gran desprecio por los americanos, y al ver que aquél pretendía bromear con él no pudo menos que decirle:

—El humor americano no es de mi agrado.

—Pues es estupendo—le dijo Barton, que seguido de las geishas había ido hasta donde él estaba—. ¿Quiere usted que le cuente un cuento que le hará mucha gracia?

—Ya le he dicho que a mí no me hace gracia nada de los norteamericanos.

Y antes de que Barton pudiera contarle el cuento apareció Goro y Yamadori se encaró con él, diciéndole:

—¿Dónde está?... ¿Así se trata a un hombre como yo?

—Perdone, excelencia—respondió humildemente Goro—. Un accidente devastador ha sido la causa... Una espina maligna se clavó en su linda mano.

La misma geisha, que poco antes había pretendido rebajar a Chu-Chu-San, celosa de la preferencia que Yamadori parecía tener por su compañera, vió un motivo para vengarse de ella y exclamó, interviniendo en la conversación.

—Espero que el guapo oficial americano que está con ella ya se la habrá extraído.

Yamadori miró severamente a Goro, que pretendió disculparse, diciéndole:

—No sabía que estuviese en el jardín... Voy a buscarla.

—¡Bah!—exclamó despectivo Yamadori—. Ya que me tratas así, te prometo que no volveré a esta casa más.

Y sin esperar a más salió de allí, mientras que Goro cogía a la geisha por la muñeca y le decía amenazador:

—Esa declaración tuya te costará cien yens de multa.

La geisha quedó postrada a los pies de Goro, que sin concederle siquiera una mirada salió en busca de Chu-Chu-San al jardín donde todavía estaba en unión del teniente.

La muchacha al oírse llamar se separó rápidamente del teniente, diciéndole:

—Me olvidaba ya de que me esperan.

Y corrió a la casa de te, seguida del oficial que no estaba dispuesto a perderla tan fácilmente.

Cuando llegó adonde estaba Goro, éste se encaró con ella y cogiéndola violentamente por un brazo la zarandeó sin piedad, al mismo tiempo que le decía:

—¡Verguenza te debía dar!... ¡Acabas de llegar y te vas con un desconocido!

Chu-Chu-San se inclinó reverenciosamente ante Goro y respondió sumisamente:

—No pude evitarlo... Se puso enfermo y tuve que ayudarlo.

—¡Me has arruinado—siguió diciéndole Goro—. ¡Te devolveré a tu madre!... ¿Qué dirá tu abuelo cuando sepa esto?

El teniente miraba extrañado cuanto pasaba ante él y al fin, sin poderse contener pidió una explicación, diciéndole a Goro:

—¿Por qué trata así a esta mujer?

—Ha hechado a perder una boda que tenía ya casi concertada—respondió Goro, haciendo que Chu-Chu-San entrara en otra habitación.

—¿Una boda?—preguntó Pinkerton, que desconocía las costumbres de aquel país.

—Sí—siguió diciendo Goro—. Una boda con mi mejor cliente, el noble Yamadori. He perdido una buena comisión...

Y volviéndose a las demás geishas que miraban asustadas a Goro, les dijo:

—¡Váyanse... Madame Goro les enseñará la verdadera etiqueta de una geisha!

Pinkerton esperó a que se fuesen las muchachas para decirle a Goro:

—Es que yo quiero a Chu-Chu-San para mí.

—Imposible—respondió de mal humor Goro—, Chu-Chu-San no puede estar sola con un hombre, si no es con la intención de casarse...

Barton, que miraba a Chu-Chu-San que permanecía arrodillada en la otra habitación, exclamó:

—¡Es adorable!... ¡Hasta yo me casaría con ella!

—¿Que te «casarías»?—preguntó extrañado su amigo.

Barton se dió cuenta entonces de que su compañero no sabía las costumbres de allí y le dijo:

—Te explicaré... ¿Tú no sabes lo qué quiere decir casarse?

—Claro que lo sé—respondió Pinkerton—. Creo que eso lo sabe todo el mundo.

—Pero aquí es diferente... Explícaselo tú, Goro—le dijo Barton.

—Casarse es un «arreglo» fácil—empezó diciéndole el dueño de la casa de te.

—Pero no conmigo—repuso Pinkerton, acordándose de su novia.

—Tú no entiendes—le dijo sonriendo Barton—. Aquí no se casan como nosotros.

—¿Cómo se casan entonces?—preguntó intrigado el joven oficial.

—Aquí sólo hay que firmar un contrato con los padres y asunto concluído.

—El contrato es muy necesario—intervino Goro.

Pinkerton se acercó a su amigo y habló con él quedamente, diciéndole:

—¿Y cuando partamos?

—La dejas y se os considera divorciados. Eso es todo—le respondió su amigo.

—Pero sería muy triste para ella—respondió Pinkerton.

—No lo creas—le dijo Barton—. Un buen agente como Goro le conseguirá un buen marido en seguida... Ya lo verás.

El casamiento de las divorciadas en mi casa es fácil—exclamó Goro, que empezaba a preveer un próximo contrato—, especialmente siendo tan bonitas como Chu-Chu-San.

—Entonces me decido a firmar el contrato — respondió Pinkerton—. Venga ese contrato.

—Primero hay que ver a la fami-

lla... Yo puedo recomendarlo si es preciso. Yo le arreglaré todo, incluso la casa para que no tenga que molestarse.

—Aceptado—exclamó Pinkerton—. Usted se cuidará de todo.

—Pero, claro—siguió diciéndole el dueño de la casa de te—. Le costará mucho dinero. Tiene que pagarme para poder romper el contrato de geisha que tengo con ella, si es que la quiere sacar de aquí.

—El dinero es lo de menos—respondió con su natural esplendidez Pinkerton—. Pagaré lo que sea necesario con tal de que obtenga usted el consentimiento de su familia.

Goro sonrió, como indicándole que eso no le costaría trabajo y salió de allí dejando al teniente con la joven.

Aquél se acercó a ella, la levantó del suelo y mirándola amorosamente, le dijo:

—Ya tienes marido, Chu-Chu-San.

—Gracias, señor—respondió la geisha sonriendo deliciosamente—. Yo haré todo lo posible para ser una buena esposa.

Y el corazoncito de la bella japonesita latía violentamente en aquellos instantes,, considerándose el ser más feliz de la tierra por haber tenido la suerte de haber conseguido un marido como Pinkerton.

Ella, que desconocía lo que era el amor, que jamás había sentido su influjo, se hallaba ahora adormecida por el arrullo de aquel dulce sentimiento que el teniente había conseguido despertar en ella y en sus ojos brillaban unas lágrimas como perlas preciosas que resbalaron por sus mejillas humedeciendo las manos del oficial, que preguntó extrañado:

—¿Lloras, Chu-Chu-San?

—Sí—respondió la geisha con su inefable sonrisa—. También se llora cuando se es muy feliz... y yo lo soy ahora.

LA BODA

Goro cumplió fielmente su promesa y al día siguiente fué a ver a la madre y abuelo de Chu-Chu-San para proponerles el casamiento de la joven con el oficial americano.

En un principio el venerable abuelo opuso alguna resistencia, pero fué tanto el empeño que Pinkerman puso en su cometido y tantos los elogios que hizo de Pinkerton, que la familia de Chu-Chu-San terminó accediendo a aquella boda.

Una vez con el consentimiento de sus parientes, Goro se dedicó a buscarle la casa y a amueblársela al estilo japonés, con el fin de que Pinkerton no tuviera que molestarse de nada.

Cuando ya lo tuvo todo arreglado fué a su casa para recoger a la geisha y llevarla a donde estaban sus parientes para que éstos se la entregasen aquella noche a su futuro marido, siguiendo los ritos del país.

Pinkerton esperaba intranquilo la llegada de Goro, cuando al fin éste apareció, y dándose importancia le dijo:

—Ya está todo arreglado, honorable señor.

—¿Han opuesto alguna resistencia los parientes de Chu-Chu-San?—preguntó el oficial.

—El venerable abuelo no quería, pero yo le he hablado del ilustre oficial de tal forma que ellos son ahora felices de casarla.

—Gracias, Goro—respondió Pinkerton—. Yo sabré recompensarte tus buenos servicios.

—Así lo espero, ilustre señor—respondió el otro—. Ahora tiene que

esperar aquí a que le traigan a Chu-Chu-San.

—Pero, ¿no está en tu casa?—preguntó extrañado el teniente, que cada vez se mostraba más asombrado.

—Chu-Chu-San está con sus parientes—le dijo Goro—. Ellos mismos la traerán esta noche para que la recibas. Mientras tanto, nosotros podremos firmar el contrato.

Pinkerton no opuso la menor objeción a los deseos de Goro y el contrato quedó firmado momentos después.

Pocas horas después, cuando ya la noche se había extendido por completo, Pinkerton y Barton se hallaban en la nueva casa adquirida por Goro para los esposos, y Pinkerton le preguntó a su amigo:

—¿Tardarán mucho en llegar?

—Mira, allí vienen—le dijo Barton señalándole hacia una caravana de personas que cruzaban el jardín, provistos de farolillos de papel.

—¿Y quiénes son esas gentes?—preguntó Pinkerton.

Barton lanzó una gran carcajada y exclamó:

—Pues son todos tus nuevos parientes. ¿No ves a Chu-Chu-San entre ellos?

—Es verdad—replicó Pinkerton—. Mira qué linda es.

Hizo ademán de adelantarse para ir a recibirla, pero su compañero lo detuvo diciéndole:

—Calma, amigo. No puedes hablarla hasta después de la ceremonia.

Ante la advertencia de su amigo el teniente permaneció en su sitio, y poco después empezaron a llegar los parientes de Chu-Chu-San que venían a asistir a la ceremonia.

Conforme fueron llegando los parientes fueron colocándose en fila y dejaron en primer lugar a Chu-Chu-san sentada junto a su madre y frente a ella al teniente sentado al lado de Goro.

El abuelo era el encargado de la ceremonia y para celebrarla cogió un vaso de madera y lo llenó de «saké», dándoselo a la novia.

Esta bebió un sorbo, mientras que no dejaba de mirar a su futuro marido, y se lo devolvió de nuevo a su abuelo.

Éste lo colocó debajo de otro vaso de madera y llenó uno nuevamente, ofreciéndoselo a Pinkerton.

Este con el vaso en la mano no sabía qué hacer, hasta que su amigo le dijo:

—Bébelo y ya ha terminado la ceremonia.

Pinkerton se lo bebió de un sorbo e inmediatamente todos los que estaban allí empezaron a reír lo mis-

mo que si cualquiera hubiera dicho algún chiste.

Pinkerton, algo amoscado con aquellas risas, le dijo:

—¿Por qué se rien así?

—Es una manera de mostrar su alegría—le explicó Barton.

Chu-Chu-San se levantó y se acercó al que ya era su esposo y echó a andar delante de él, indicándole la alcoba nupcial.

Pinkerton comprendió lo que aquello significaba y se encerró con Chu-Chu-San en la alcoba matrimonial.

Chu-Chu-San al quedar a solas con su marido le cogió las manos de la misma forma que había hecho el día anterior Pinkerton y se las besó respetuosamente.

Pinkerton comprendió que Chu-Chu-San quería imitar la costumbre que él le había dicho que se usaba en América y sonrió bondadosamente.

Cuando ella le soltó las manos, las estrechó en un abrazo, pero las voces de los parientes de Chu-Chu-San, que no parecían tener prisa en marcharse, le hicieron decir a la joven:

—¿Se quedarán aquí tus parientes?

—Así parece... Les satisface nuestra boda.

—Disculpa un momento—le dijo Pinkerton, saliendo afuera con el propósito de librarse de ellos.

Barton al verlo salir se quedó extrañado y le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a pedirte un favor... ¿Me lo harás?

—Ya sabes que nunca te he negado ninguno —respondió Barton—. ¿De qué se trata?

—De que eches a mis parientes de aquí.

—Eso es muy difícil—respondió Barton.

—Pues es preciso... Tú te las arreglas de la forma que mejor te parezca, pero échalos.

—Procuraré complacerte—respondió Barton—. Vete tranquilo, que dentro de poco estaréis los dos solitos.

Pinkerton, después de aquella breve conferencia con su amigo, volvió nuevamente a entrar al cuarto donde estaba Chu-Chu-San y se la encontró arrodillada frente a una figura que representaba una de sus diosas. Permaneció quieto con el fin de escuchar lo que decía y oyó a la joven rezar y pedirle a la diosa por él, diciéndole:

—¡Oh, diosa de la paz, protege a mi marido y señor!

Pinkerton, emocionado al oír pedir por él con tanta unción, se acercó a ella y suavemente la levantó de donde estaba arrodillada. Chu-Chu-San se le quedó mirando y sonrién-

dole con aquella dulzura, que era lo que más le encantaba al teniente, le dijo:

—La diosa ha oído mi súplica y te ha hecho volver.

—No le ha costado ningún gran trabajo—respondió el oficial—, porque yo estaría siempre a tu lado.

—¡Qué alegría!—exclamó Chu-Chu-San—. Creía que estabas enfadado y que no volverías.

Pinkerton la estrechó en sus brazos y le dijo, queriéndole expresar toda la admiración que le producía.

—¡Eres adorable, Chu-Chu-San!... ¡Eres como una chiquilla a la que no se puede ver sin querer en seguida...

Chu-Chu-San también hubiera querido expresarle todo lo que ella sentía en aquel momento. Pero le faltaban las palabras para saberlo expresar. Era tan sincera su emoción, tan inmenso el amor que sentía por el teniente, que por más que hubiera querido expresarlo no habría podido decírselo en su idioma, y por lo mismo, reclinando su cabecita sobre el pecho del teniente, le dijo:

—Si pudiese hablarte en mi propio idioma, si pudieses tú comprender con las palabras del mío todo lo que siento, te diría lo mucho que te ama mi corazón.

—Para demostrármelo sólo tienes que hacer una cosa—le dijo él sonriendo.

Chu-Chu-San abrió los ojos curiosamente como si quisiera adivinar el pensamiento de su esposo y éste le dijo:

—¿No le das un abrazo a tu esposo?

—¿Un abrazo?—preguntó ella, sin saber lo que quería pedirle.

—¿No es aquí costumbre?—preguntó sonriendo Pinkerton...

Ella movió negativamente la cabeza y entonces Pinkerton, jugando con ella como si fuese una chiquilla, le dijo:

—¿Qué hacen aquí las esposas cuando vuelven a ver a su marido?

Chu-Chu-San se arrodilló ante él, haciéndole una gran reverencia, y Pinkerton la levantó diciéndole:

—No quiero que vuelvas a hacer eso.

—¿He hecho algo malo?—preguntó con su habitual dulzura.

—No, pero en vez de hacer eso quiero que me des un abrazo.

—¿Un abrazo?

—Sí, mira: esto es lo que deben hacer dos esposos que se aman.

Y estrechándola contra su pecho, buscó ansiosamente aquella boquita que parecía una herida abierta y la besó con pasión, sintiendo sobre su boca la caricia del beso con que respondía ella.

—¿Te gusta?—le preguntó cuando terminó de besarla.

—Es muy agradable — respondió riendo Chu-Chu-San.

—Pues dame otro.

Esta vez fué ella misma la que se abrazó a él para besarlo, y Pinkerton, mientras la tenía en sus brazos, le dijo:

—Eres preciosa... Eres un ángel, Chu-Chu-San.

—Y tú eres muy bueno, esposo mío—replicó ella—. Antes te amaba mucho, pero ahora te amaré mucho más.

Y aquella, su primera noche de amor, sintió Chu-Chu-San toda la felicidad que representa para un ser sentirse amada por el hombre a quien adora.

Pasaron los días y los dos esposos siguieron viviendo en aquella casa que había alquilado para ellos Goro. Para Pinkerton pasaba el tiempo sin darse cuenta de él. Cada día descubría mayores encantos en Chu-Chu-San y cada día también iba dándose cuenta de la delicadeza de sentimientos de aquella mujer cuya alma era tan sublime que difícilmente hubiera tenido comparación con otra alguna.

Chu-Chu-San era, entretanto, feliz. Su felicidad lo era el amor de Pinkerton y toda su vida no tenía más que un objeto, el de serle agradable y el de adorarle con igual fervor que antes adorara a sus dioses. Para ella el teniente lo era todo en el mundo y con gusto hubiera dado su vida con tal de evitarle la menor molestia.

Para hacerle la estancia más agradable había conseguido aprender la comida americana y hasta había dado orden a Suzuki, la criada que se había llevado con ella, de que no hablase allí más que americano. Quería que todo cuanto hubiese en la casa fuese del agrado de su esposo y se esforzaba la enamorada japonesita en hacer cuanto de ella dependía.

Todas estas atenciones eran comprendidas por Pinkerton y por ello su afecto por Chu-Chu-San iba haciéndose cada vez más profundo. Veía cómo aquella mujer se le ofrecía en cuerpo y alma, cómo estaba empeñada toda su vida por entero a él y no sabía cómo agradecerlo aquella dejación que hacía de su pia existencia para no ver más que lo que a él le podiera ser agradable.

Llegó a acostumbrarse a aquella vida hasta tal extremo, que ni pensó siquiera en que había de llegar el día en que se impusiera la separación. Creyó él mismo que aquel idilio, tan suave, tan dulce, tan lleno del perfume de un amor jamás sentido y no visto sería eterno.

Durante su ausencia de la casa,

Chu-Chu-San se las componía de forma que al regresar él se encontrase todo tan a punto, tan dispuesto para su comodidad, que a veces a él mismo le resultaba molesto aquella sumisión de Chu-Chu-San.

En su amor inmenso hacia el esposo, Chu-Chu-San había abandonado sus dioses y en lugar de ellos había colocado un retrato de Pinkerton, para no tener que separarse de él ni un solo momento. Durante las horas que estaba ausente, la deliciosa chiquilla no sabía hablar más que de él y con una fruición de inmensa dicha le preparaba su bata, su sillón, sus zapatillas, su pipa, en fin, todo lo que necesita para pasar la velada.

Hasta había comprado dos gatitos americanos que cuidaba con gran esmero, tan sólo por ser oriundos del país de su marido. Los había puesto por nombre miss Masachusset y míster Cinectod.

Un atardecer esperaba la vuelta de Pinkerton cuando vió a los animalitos subidos en el sillón de su esposo y corrió a quitarlos de allí diciéndoles cariñosamente:

—Aunque míster Pinkerton sea vuestro paisano, nadie debe sentarse en su silla más que él...

Acarició a los dos felinos y exclamó riéndose:

—Os ponéis muy barrigudos y es de la excelente comida americana...

—O de los peces—le dijo en japonés Suzuki, que había cogido a uno de los gatos con el hocico dentro de la pecera.

Chu-Chu-San, al oír hablar en el idioma nativo a su criada, se volvió a ella y la reprendió dulcemente diciéndole:

—No hablemos japonés, hablemos americano, como mi honorable marido.

Y el honorable marido apareció por el fondo del jardín cantando alegremente y haciendo exclamar a Chu-Chu-San:

—Esta noche viene contento.

Corrió a esperarlo a la escalinata de la casa y en cuanto llegó se arrojó a su cuello abrazándole y besándolo como él la había enseñado.

—¿Hay algo nuevo?—le preguntó Pinkerton.

—Todo es nuevo cuando tú llegas—replicó Chu-Chu-San. Y al advertir que entre los botones de su guerrera traía un pequeño bulto le preguntó cariosamente:

—¿Qué es ese bulto?

—Mi permiso para desembarcar—respondió sonriendo Pinkerton.

—¿No me engaña mi honorable esposo? — preguntó Chu-Chu-San, sospechando que tal vez sería un regalo que le traía el teniente.

—Sí, sí—insistió Pinkerton, divir-

tiéndose con la curiosidad de su mujercita—; mi permiso para poder ver a mi Chu-Chu-San.

Y al mismo tiempo sacó el bulto y extrajo de él un precioso pañuelo chino que le regaló a Chu-Chu-San. Esta, agradeciendo conmovida el recuerdo de su esposo, volvió a abrazarlo y se amonestó a sí misma diciéndose:

—¿Por qué no me lo supondría?... Me has engañado como si fuera una chiquilla.

—¿Acaso eres otra cosa que una chiquilla adorable?—le dijo él besándola.

Ella, con gran coquetería, se lo puso y le dijo mimosamente:

—Siempre me traes algo... ¿Es porque me quieres?

—Claro que sí—respondió Pinkerton, acercándose a su sillón.

Chu-Chu-San corrió a quitarle la americana, le puso la bata y lo hizo sentar en el sillón. Luego, como una gatita mimosa, se echó a sus pies y le quitó los zapatos. Pinkerton la miró y sintiendo en su corazón toda la pasión que la japonesita había sabido despertar en él, la atrajo hacia él y le dijo sinceramente:

—¡Cuánto te quiero, Chu-Chu-San!

Ella no pudo responder. ¡Era tan feliz con aquellas palabras! Necesitaba tan poco para considerarse dichosa, que le bastaba una mirada de su esposo para sentir renacer con más fuerza el cariño que por él sentía.

Suzuki se acercó con la botella del «whisky» y un sifón y la misma Chu-Chu-San le llenó la pipa de tabaco inglés. Pero antes de ponerse a fumar Pinkerton le dijo:

—¿Dónde están los limpiapipas?

Chu-Chu-San se echó a temblar. Temió por la regañuza que le echaría su esposo, pero antes de engañarlo, como si hubiera sucedido la cosa peor del mundo, le confesó la verdad y le dijo:

—Suzuki no sabía qué era y los gastó en el peinado de su abuela.

—Lo siento—respondió Pinkerton.

—¿Me perdonas?—suplicó Chu-Chu-San—. Ya sé que soy mala ama de casa, pero otra vez tendré más cuidado para que nadie toque nada que sea tuyo.

—No te apures—respondió sonriendo Pinkerton—. En el baúl tengo otro paquete.

—¿Voy por ellos?—preguntó solícita Chu-Chu-San.

—Como quieras—le dijo Penkerton—. Aquí tienes las llaves.

Le dió las llaves de su baúl y esperó a que volviese Chu-Chu-San con los limpia-pipas.

LA SOMBRA DE UNA RIVAL

Chu-Chu-San corrió a buscar lo que necesitaba su esposo y al ir a sacar los limpia-pipas se cayó el portaretratos, donde estaba el de la novia de Pinkerton. Con esa curiosidad tan propia en toda mujer, abrió las dos hojas y al ver la fotografía de otra mujer, sintió como si se lo hubiera clavado un dardo en el corazón. Vió una inscripción que decía:

Con todo cariño,

Tu Adelaida.

Pero como ella no sabía leer inglés tuvo que contentarse con ver aquella mujer que presintió como su rival. Quería cerciorarse de si realmente aquella americana le robaba el amor de su esposo y sin atreverse a preguntarle a él, por miedo a que se enfadase, buscó el medio de hacerlo disimuladamente. Para ello introdujo el paquete de limpia-pipas entre las dos hojas del portaretrato y salió a donde estaba Pinkerton. Se acercó tímidamente a él y se lo entregó diciéndole:

—Aquí está el paquete.

—Muchas gracias, querida—le dijo el teniente—, recogiendo el paquete y el portaretrato sin darle importancia.

Chu-Chu-San en vista de que su marido no parecía darle importancia a aquel retrato, no pudo contener sus celos y le dijo:

—Es muy bonita la americana.

—¡Bah! — exclamó indiferente Pinkerton—. No tiene nada de extraordinario.

—La... conoces mucho?—le pre-

guntó nuevamente Chu-Chu-San, sin atreverse a decirle si la quería mucho.

—Hace dos años que nos conocemos—respondió el teniente con igual indiferencia que había hablado hasta entonces.

—¿Acaso te quiera mucho?—volvió a decirle cariñosamente Chu-Chu-San.

—¡Qué va a quererme!—respondió él.

—Entonces, acaso seas tú el que la quieres a ella, ¿verdad?

Pinkerton comprendió el martirio que en aquellos momentos sufría aquella pobre mujer y compadecido poniendo en sus palabras el mayor cariño posible respondió:

—En mi corazón sólo hay un amor y es el de Madame Butterfly.

No dudó de aquellas palabras la enamorada mujer. Creía en el teniente lo mismo que se cree en un Dios y para ella todas sus palabras eran tan ciertas como las sentencias que solían hacer sus sacerdotes.

Necesitaba, además, su corazón creerlas, porque en aquella creencia estaba su propia vida, tan enamorada de su esposo.

Por lo mismo, ante la respuesta asegurándole que su amor era de ella sola, Chu-Chu-San, como una gatita de Angora, reclinó su cabecita sobre el pecho de su marido y como un suspiro, pero un suspiro salido de lo más profundo de su alma, le dijo:

—Cuánto amo a mi honorable marido... Mi vida es tuya desde el primer día y puedes mandar en ella, porque eres su amo.

Pinkerton le pasó la mano cariñosamente por la cabeza adivinando cuanta dulzura encerraba aquel corazoncito que él había despertado a la vida y al amor.

Otros días más siguieron al de aquella noche y fueron para Chu-Chu-San otros días también de dicha. Unicamente turbaba aquella felicidad el recuerdo que en algunas veces le asaltaba de la americana que había visto en el retrato. Pero pronto volvía la calma a su alma, pensando que cuando su esposo le había dicho que no la amaba sería cierto. El era incapaz de mentirle. Además, no tenía objeto aquella mentira, puesto que él era el dueño y podía hacer lo que mejor le conviniese.

En el Japón la supremacía del hombre sobre la mujer es tal, que a ésta no se le reconoce ni siquiera voluntad propia. El marido puede hacer lo que mejor le parezca: amarla, quererla, abandonarla; en fin, en la mano del hombre está siempre la dicha o la desgracia de la mujer. Ellas, nacidas en aquel ambiente y educadas en estas costumbres, no intentan siquiera rebelarse y aceptan las decisiones de los padres, herma-

nos o maridos, con la resignación de la persona que sabe que nada puede hacer contra ellos.

Por lo mismo, y pensando en ello, Chu-Chu-San estaba segura del amor de su esposo. El la habría podido dejar al día siguiente de haberse casado, y cuando no lo hizo era señal evidente que la amaba.

Pensaba en este amor del que iba estando completamente segura y su boquita primorosa sonreía de felicidad, pensando en cuanta era la suya.

Bonita la había encontrado Pinkerton, pero mucho más lo estaba en aquellos días la japonesita, porque la dicha de que gozaba hacía resaltar aún más su belleza natural, que ella procuraba acrecentarla luciendo sus mejores trajes. Quería ser todos los días una Chu-Chu-San distinta, una mujer nueva para que su marido no sintiese el hastío de lo continuo, para que siempre tuviese una sorpresa al verla de nuevo, y Pinkerton, que advertía todo aquel noble empeño, se consideraba cada día más ligado a ella, como si su casamiento no hubiera sido un simple «arreglo», sino un casamiento verdad al estilo de su país y tuviese la obligación de cumplir todos sus compromisos.

Chu-Chu-San había dejado de ser el pasatiempo frívolo que él había creído encontrar en ella para convertirse en algo mucho mayor. Tanto empeño, tanto cariño había puesto ella en él, tantas habían sido las atenciones recibidas, que Pinkerton se iba dando cuenta de que entre él y aquella mujer existían lazos más fuertes y más duraderos.

Alguna que otra vez, en los momentos de idilio entre los dos esposos, Chu-Chu-San le había dicho con aquella dulce resignación tan propia en ella y que la hacía más adorable:

—Tiemblo cuando pienso que mi honorable marido puede dejarme.

—¿Y por qué he de dejarte, Chu-Chu-San?—preguntaba él.

—Yo no lo sé—respondía ingenuamente la muchacha—. El marido puede dejar siempre que quiere a la mujer.

—Eso es aquí—le dijo el teniente; —pero en mi país no puede hacerse.

—¿En tu país no se puede hacer? —preguntó con inmensa alegría ella. —Por qué?

—Porque allí el hombre tiene igual derecho que la mujer y hay que respetarla.

—Entonces, ¿qué hace el marido cuando se cansa de la mujer?—volvió a preguntar infantilmente ella.

—Pues tiene que buscar un motivo, una causa justificada para separarse, pero así y todo le cuesta trabajo.

Ella le miraba curiosamente como si quisiera grabar en su mente las palabras de su esposo, y éste siguió diciéndole:

—En mi país cuando se van a separar dos esposos tienen que decírselo al juez, que es una persona que hace la justicia.

—Como el cónsul aquí—respondió Chu-Chu-San.

—Eso es—le dijo el teniente—. Es una especie de cónsul y él dice si la razón la tiene la mujer o el marido.

—El marido siempre tiene la razón—replicó convencida la joven.

—Algunas veces no, y por eso está el juez, para decir quien de los dos la tiene.

—¿Y ya están separados?—preguntó ella.

—No, tiene que pasar mucho tiempo hasta que el juez los considera separados y cuesta mucho dinero. Además, hasta que pasa mucho tiempo, dos o tres años, no pueden casarse.

—¿Sabes una cosa?—le preguntó ella riendo.

—Dímela.

—Pues me gusta mucho la costumbre americana. Me gusta de que el marido no pueda dejar a la mujer. Aquí está mal eso de abandonarla y que ella se case otra vez.

—¿Tú no te casarías nunca?—le preguntó bromeando el teniente.

Chu-Chu-San lo miró fijamente, como si quisiera que sus palabras fuesen comprendidas con toda la sinceridad que las decía y le respondió:

—¡Yo no me casaría nunca!... Preferiría morirme antes que casarme con otro hombre. Tú lo eres para mí todo y faltándome tú, poco me importa que me falte la vida.

—No temas que te falte—le dijo abrazándola—. Te quiero por bonita y por buena.

—Buena soy como otra, bonita como muchas, pero te quiero como ninguna.

—Lo sé, Chu-Chu-San—le respondió Pinkerton—. Sé que me quieres y por eso yo no te dejaré jamás...

Pero interiormente Pinkerton pensaba que habría de llegar el día inevitable en que la separación se impusiera. La estancia de la escuadra allí no sería eterna y cuando llegase el momento de la partida él tendría que separarse de Chu-Chu-San.

Sentía este momento tanto por él como por ella. Había llegado a acostumbrarse a la vida con ella y pensaba cuanto la echaría de menos cuando Chu-Chu-San le faltase.

Y este momento tan temido, ese día que tanto inquietaba a Pinkerton llegó al fin. El comandante de la escuadra dió orden de zarpar al día siguiente y Pinkerton sintió todo

Cho-cho-san es conducida a la casa de té, donde será una geisha más.

La gentil Cho-cho-san, japonesita deliciosa... nieta de Samurais...

El teniente B. F. Pinkerton conoce a Cho-cho-san.

El noble Yomadori quiere casarse con con Cho-cho-san.

La timidez de la japonesita enamora doblemente a Pinkerton.

Los marinos americanos buscan distracción en la casa de té.

Un matrimonio que nada compromete... Pero que es realizado con toda ceremonia y seriedad.

Tras las palabras de amor, Pinkerton propone a Cho-cho-san, el matrimonio a estilo del país.

Los parientes de Cho-cho-san, recuerdan al ligero Pinkerton, la seriedad que en el Japón, tiene la ceremonia nupcial.

Nunca una esposa fué tan fiel, tan amorosa y dulce como la japonesita Cho-cho-san.

Un descubrimiento doloroso. Pinkerton guarda el retrato de su novia occidental.

El barco que trajo a los norteamericanos tiene que partir. La esposa japonesa siente su alma desgarrada

Sola con su dolor consuela a Che-cho-san la esperanza de la próxima llegada de su hijita.

Un día y otro día la novia japonesa aguarda al marino

Noche tras noche Cho-cho-san aguarda la llegada del barco en que ha de venir su único amor

La insigne Sylvia Sidney en el papel principal de MADAME BUTTERFLY

el dolor que aquella orden le producía.

Sabía que había de llegar algún día que se tendrían que marchar, pero se lo creyó tan lejano que cuando se lo comunicaron le cogió de sorpresa.

Barton advirtió su estado de inquietud y aquella tarde lo acompañó a su casa para despedirse él también de Chu-Chu-San. Aquella mujer se le había hecho tan simpática, había llegado a tenerle tal afecto que no le hubiera sido posible marcharse sin despedirse de ella. Comprendía el dolor que iba a causar a la joven la despedida de Pinkerton, pero por otra parte comprendía también que aquello era una cosa que tenía que terminar. Pinkerton no podía estar casado con una mujer como Chu-Chu-San, porque se lo impedía su carrera y su posición social. Nadie habría admitido como esposa de Pinkerton a la japonesa, ni nadie habría comprendido tampoco lo merecedora que era de serlo. La sociedad estaba montada de una forma muy distinta y había que avenirse a sus exigencias por dolorosas que fuesen.

Cuando Chu-Chu-San vió llegar a su esposo con su amigo, corrió a saludar a éste y le dijo amablemente:

—Me alegro de verle, honorable teniente Barton.

—A todas les gusta verme—respondió bromeando el teniente.

Chu-Chu-San sonrió cariñosamente y le respondió:

—Pero yo no soy todas. Yo soy la esposa del teniente Pinkerton y usted es muy bromista.

—Soy así por naturaleza—respondió a su vez Barton.

—Sí, sí—replicó Chu-Chu-San, queriendo cambiar la conversación. —Ustedes querrán el aperitivo... Suzuki los traerá en seguida.

—¿Has oído?—exclamó extrañado Barton—. Su inglés mejora todos los días. Ahora habla un inglés del mismo Park Avenue.

Chu-Chu-San había salido en busca de los aperitivos y Barton le dijo a su amigo, algo extrañado:

—Me sorprende verla tan contenta, marchándote mañana.

—No se lo he dicho—respondió Pinkerton.

—¿Por qué?—preguntó su compañero.

—Porque no me atrevo. No quiero entristecerla... Me da lástima.

Barton se quedó mirando a su amigo, adivinó lo que pasaba por su interior y respondió sencillamente:

—No me expliques nada más, que lo comprendo todo.

Chu-Chu-San entró con la botella de «whisky» y con los vasos y em-

pezó a llenar el de Barton diciéndole:

—Cuando tenga bastante dígalo.

Barton hizo una señal para que no le echase más bebida y cuando bebió el aperitivo que Chu-Chu-San había preparado le preguntó:

—¿Qué tal el servicio, teniente Barton?

—Muy bien—respondió el teniente.

—Perdonadme un instante—le dijo Pinkerton—. Ahora salgo.

Se fué a otra habitación y Barton, que inspeccionaba toda la casa, al ver el retrato de su compañero en el lugar que debía ocupar el dios de Chu-Chu-San, le preguntó extrañado:

—¿Cómo es esto?

Ella sonrió bajando los ojos con cierto rubor y le preguntó a su vez:

—¿Está mejor así, verdad?

—¿Y por qué lo cambiaste?—inquirió curiosamente Barton.

—Porque los antiguos dioses no me gustan—le dijo ella con pleno convencimiento.

—Me gusta más el Dios de mi esposo.

—¿Te ha hablado de su Dios?

—Sí, muchas veces—replicó Chu-Chu-San—, y me ha dicho que su Dios no admite el divorcio... Dice su Dios que el matrimonio está hecho en el Cielo y que hay que estar casados hasta que la muerte nos separe.

Barton, que adivinaba el amor tan inmenso que aquella mujer sentía por su amigo y que pensaba el dolor que iba a sufrir aquella pobre niña cuando supiese que Pinkerton la dejaba, respondió pensando en todo ello:

—Es verdad que hay que estar casados hasta la muerte. Eso es lo que manda nuestro Dios, solamente que hay muchos que lo olvidan.

—¿Que lo olvidan?—preguntó en el máximo asombro Chu-Chu-San—. ¡Estúpidos! ¡Yo no lo olvidaré nunca!

La entrada de Pinkerton cortó el diálogo entre los dos y el teniente dirigiéndose a su esposa le dijo en tono de broma:

—¿Te olvidas de mí?

Ella le miró amorosamente y le dijo:

—¿Eso quiere decir que tienes hambre?... Pues voy a apurar a Suzuki para que tenga lista la cena en seguida.

—¿Por qué no vamos a cenar a un hotel?—propuso Barton.

Pinkerton dudó. No quería presentarse con Chu-Chu-San en un hotel donde podían verlo los demás compañeros, pero su amigo insistió tanto que al fin exclamó:

—Bueno, iremos al hotel.

—¿Al hotel?—preguntó alegremente Chu-Chu-San—. ¿Cómo una esposa americana? Eso me alegra mucho. Voy a vestirme en seguida y nos iremos.

Corrió a sus habitaciones, llamando de paso a Suzuki para que la ayudara a vestir, y cuando quedaron solos los dos oficiales Barton se quedó mirando a su amigo y le dijo comprendiendo lo que pasaba en él:

—No quisiera estar en tu piel, Pinkerton.

—Es tremendo—respondió su compañero—. Tú no te puedes dar idea de lo buena que es... Diríase que no vive más que para mí. Adivina mis menores deseos, sabe satisfacer todos mis caprichos, jamás me molesta por nada y es tan humilde y tan servicial que a veces me creo que soy un negrero suyo.

—Yo creo que debo arrepentirme de haberte llevado aquella tarde a la casa de té de Goro... Quizá así no la hubieras conocido.

—No lo creas—respondió Pinkerton—. Te lo agradezco en el alma, a pesar del dolor que experimento ante nuestra próxima separación. Los días que he vivido con ella he sido tan feliz, tan infinitamente dichoso que no los cambiaría por nada del mundo... Hay tanta nobleza en Chu-Chu-San, tanta dulzura, encierra tantas exquisiteces su alma, que difícilmente podría explicártela, porque no lo llegarías a comprender.

—No necesito muchas explicaciones—le interrumpió su amigo—. Se adivina en ella. Hasta ha renunciado a sus dioses por amor a ti. Estas orientales cuando aman son terribles.

—Sí deben serlo, pero Chu-Chu-San es diferente a las demás. Ella ama, adora, pero sin exigencias, sin imposiciones. Le basta con su amor para ser feliz. Ni siquiera sabe demostrar sus celos, y si los tiene los oculta íntimamente para no desagradarme... Te digo que es horrible. Si no fuera...

Barton lo interrumpió diciéndole:

—Comprendo que ibas a decir una tontería enorme. Ibas a decir que te gustaría quedarte con ella y renunciar a todo lo demás, ¿verdad?

—Cierto—respondió Pinkerton—. La felicidad sólo se encuentra una vez en la vida. Huir de ella es de imbécil y yo voy a cometer una imbecilidad.

—No lo creas—respondió Barton. —Yo conozco la vida mejor que tú y sé que haces bien. Es mejor que os separéis porque así alguno de los dos seréis dichoso. Ella no lo será nunca, pero tú sí.

—¿Por qué yo y ella no?—preguntó disgustado Pinkerton—. ¿Me

crees acaso menos sensible que Chu-Chu-San?

—Nada de eso—respondió Barton.

—Pero cuando pasasen los años, cuando esta felicidad que ahora vives llegase a ser para ti una cosa corriente, echarías de menos tu país, tus parientes, tus amigos... El amor que sientes por ella se cambiaría en odio hacia la que creerías que te había robado todos esos afectos y Chu-Chu-San al verte sufrir no sería tampoco feliz. En ese caso ni tú ni ella seríais felices... Haces bien en dejarla.

Pinkerton calló sin saber qué contestar. Los razonamientos de su amigo estaban repletos de lógica y poco podía objetar a ellos. Mas, obsesionado por el amor que sentía hacia Chu-Chu-San, respondió al fin:

—Pero yo no la dejaré, no la abandonaré para siempre... Me iré con la escuadra, pero volveré. Será un viaje como otros muchos que hacen los esposos dedicados a los negocios... Nada más que eso.

—Pero... ¿y Adelaida?—preguntó Barton.

—Adelaida... ¿Qué sé yo lo que pasará entre los dos?... ¿Acaso puedo casarme con ella queriendo a Chu-Chu-San?... Eso sería ser infiel a las dos...

Afortunadamente, apareció en aquel instante Chu-Chu-San. Se había puesto un vestido que el mismo Pinkerton le había regalado y parecía enteramente una de esas muñequitas que hay en los bazares de lujo.

Sonreía dichosa de poder ir con su esposo a un hotel europeo, y más que su vanidad lo que estaba satisfecho era su amor de mujer enamorada.

—Vamos cuando queráis—les dijo.—¿Os he hecho esperar mucho?

—Absolutamente nada—respondió Barton—. Ten la seguridad de que cualquiera de nuestras mujeres habría tardado el doble y tal vez aun más.

—Nosotras somos más prontas en vestirnos.. Como no tengo que gustarle a nadie...

—¿Ni a Pinkerton?—preguntó bromeando Barton.

—A él sé que le gusto... Por eso no me importa parecer fea a los demás.

Se agarró del brazo de su marido y salieron los tres, mientras que la criada veía marchar a su amita y se decía interiormente:

—¡Los dioses hagan que tu felicidad sea eterna, Chu-Chu-San!

UNA PREGUNTA INDISCRETA

Llegaron al hotel y los tres se sentaron a una mesa. Pidieron unos cocktails de aperitivos y cuando Chu-Chu-San bebió un sorbo del suyo le pareció que se le desgarraba la garganta por lo fuerte de la bebida. Tosió varias veces y al fin exclamó:

—Las esposas americanas deben tener la garganta blindada para poder beber esto tan fuerte.

—A veces ni se dan cuenta de que han bebido hasta el día siguiente— respondió Barton, que era el que procuraba animar la reunión, puesto que la preocupación de Pinkerton le hacía estar taciturno aquella noche.

Cuando menos lo esperaban se acercó a ellos el comandante de uno de los barcos, y al ver a Chu-Chu-San no pudo menos que exclamar:

—¿A cuál de los dos felicito?

Pinkerton se levantó rápidamente y le presentó a Chu-Chu-San diciéndole:

—Tengo el honor de presentarle a Madame Butterfly, mi comandante.

El comandante comprendió inmediatamente lo que quería indicarle su subordinado y respondió sonriendo:

—No me sorprende no haberle visto... Ahora comprendo.

Chu-Chu-San, con la vista fija en la mesa, no se atrevía ni a mirar al comandante, mientras éste siguió diciendo a los oficiales:

—¿Por qué no se pasan a nuestra mesa?

—Perdónenos usted, comandante —intervino Barton, que era más decidido.

El comandante comprendió que

no querían abandonar a Madame Butterfly y respondió:

—Están excusados... ¿Con que mañana zarpamos?

Los dos oficiales se le quedaron mirando, como si quisieran comérselo con los ojos, pero el comandante, sin darse cuenta del efecto de sus palabras, repitió de nuevo la pregunta, y entonces fué cuando Chu-Chu-San, que jamás había oído la palabra zarpar, le preguntó con cierta curiosidad:

—¿Zarpar?... Esa palabra es nueva para mí.

—Zarpar quiere decir que mañana nos vamos... Que volvemos a Nueva York.

Chu-Chu-San sintió como si en el corazón se le clavase un puñal. Por un instante creyó que iba a perder el conocimiento, pero se hizo fuerte y con una leve sonrisa, en la que quiso ocultar el estado de su alma, replicó al comandante:

—Sí... ya entiendo... zarpar... no olvidaré nunca esta palabra... zarpar...

El comandante se despidió de los dos oficiales y desde aquel instante la estancia en el hotel se hacía insoportable para los dos esposos. En vista de aquella situación, se despidieron de Barton y volvieron nuevamente hacia la casa.

Cuando estuvieron, Chu-Chu-San, tan cariñosa como siempre, tan mimosa como de costumbre, le preguntó al teniente, al mismo tiempo que en sus ojos brillaban las lágrimas:

—Lo sabías?

—Sí—respondió secamente éste.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No pude... No he tenido valor para decírtelo... No te lo dije para no entristecerte... Yo también sufro...

Ella se acurrucó en sus brazos como una chiquilla que buscase el regazo maternal y le dijo humildemente:

—Perdóname por haberte hecho sufrir... No he sabido ser buena esposa.

—Sí, Chu-Chu-San—le respondió él—. Tú has sido la esposa mejor del mundo, la mujer más buena que he conocido y a la que nunca olvidaré.

Chu-Chu-San lo miró ansiosamente y luego, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, queriendo llevar su sacrificio hasta el extremo de no exteriorizar su dolor para no entristecer a su marido, le dijo:

—Cántame esa canción que siempre cantas y que a mí me gusta tanto.

Pinkerton sonrió ante aquel capri-

cho y empezó a cantarle, como si fuera una niña a la que iba a dormir:

Cuanto he esperado
poder besarte,
dulce flor del Japón.
Tú has creado
ensueños de amor.
Pois encantador.
Perfume celestial
embriagador.
Evocación del beso aquel
que vive aún,
constante y fiel,
en el corazón.
Dulce flor del Japón.

Y mientras que dulcemente él iba cantándole, Chu-Chu-San, en silencio, sin que Pinkerton se diera cuenta, lloraba la pobre mujer el abandono en que sentía la iba a dejar el hombre a quien tanto amaba.

A la mañana siguiente, sin un reproche, sin la menor vacilación, tan sumisa como siempre, tan amorosa como de costumbre, Chu-Chu-San arregló las maletas a Pinkerton y se las entregó al marino que vino a buscarlas. Había llegado para los dos el momento decisivo de la separación, aquel minuto que tanto temía Pinkerton y que al mismo tiempo era inevitable.

No hablaron ni una sola vez de la marcha de él por temor a profundizar el dolor de sus corazones y juntos, muy juntos, como si temieran no volverse a ver más, salieron hasta el jardín para decirse el último adiós.

Pinkerton al llegar al jardín se detuvo y le dijo:

—Aquí nos despediremos, Chu-Chu-San... Mi último adiós quiero que sea en este jardín, donde tantos recuerdos hay para mí.

No podía resistir más tiempo la pobre niña el dolor que la atormentaba y bajó los ojos para ocultar a la mirada de él las lágrimas que pugnaban por salir.

Sin embargo, Pinkerton lo advirtió y procuró animarla diciéndole:

—No estés triste, Chu-Chu-San... Quiero verte animada... Dime adiós con una sonrisa.

Chu-Chu-San hizo un esfuerzo supremo, sonrió como él le ordenaba, y cuando lo consiguió le dijo:

—¿Así?

—Sí, así—respondió Pinkerton haciéndose fuerte.

Ella le miró suplicante y por primera vez desde que se conocieron se atrevió a dirigirle una súplica preguntándole:

—¿Te olvidarás de Chu-Chu-San?

—¡Nunca!—respondió con vehemencia el teniente.

Chu-Chu-San bajó la vista al suelo, como temerosa de lo que iba a decirle, y le preguntó:

—¿No volverás con ella?... ¿Con la muchacha de la fotografía?

—Claro que no—le dijo compasivamente Pinkerton.

—Entonces... ¿me amas?—le preguntó dulcemente—. ¿Me amas, aunque sólo sea un poquito?

Era tan dulce su acento, tan conmovedor que Pinkerton se abrazó a ella y le dijo admirado de tanta bondad.

—¡Eres divina, Chu-Chu-San!

—¿Quizá volverás conmigo, verdad?—inquirió ella con un halito de esperanza de no perderlo del todo.

—Volveré—respondió Pinkerton, seguro de lo que decía.

—¿De verdad?

—Puedes estar segura de que volveré—le respondió nuevamente Pinkerton.

Chu-Chu-San sonrió, y abrazándose a él exclamó alegremente:

—¡Qué feliz soy ahora!... ¡Ves como sonrío!

—Así me gustas más—le dijo sonriendo a su vez el teniente.

—Pues... entonces, siempre sonreiré, pero lo haré más a gusto cuando tú estés conmigo... ¿Cuándo volverás?

—No lo sé, pero te aseguro de que volveré—le respondió noblemente el teniente.

Chu-Chu-San pensó un instante, como midiendo el tiempo de aquella separación, y al fin le dijo:

—¿Volverás en la primavera, cuando el pájaro petirrojo vuelva a hacer su nido?

—Cuando el petirrojo vuelva a hacer su nido, volveré yo también, Chu-chu-San.

Otro nuevo abrazo fué la despedida de los dos enamorados, y Pinkerton, al partir de allí, al dejar aquel jardín que tantos recuerdos conservaba para él, le pareció que dejaba también algo de su propia vida, lo mejor de su vida.

Chu-Chu-San corrió a la ventana para verlo alejarse y permaneció en ella sin moverse, hasta que al cabo de algunas horas los barcos de guerra desaparecieron en el horizonte.

Fueron pasando con desesperante languidez los días para Shu-Chu-San. Aquel invierno fué interminable para la pobre enamorada, sin saber nada de su marido, sin tener la menor noticia suya. Pero la ausencia no había disminuído su amor por el teniente y la llama de aquel sentimiento permanecía encendida en su corazón con la misma fuerza que los primeros días.

Para mayor recuerdo suyo, la Providencia la había hecho madre y en aquel niño Chu-Chu-San cifraba todos los amores, pensando que era la unión de sus dos almas. Aquella criaturita era el grito del amor que había brotado entre su corazón y el

de Pinkerton, era el broche que unía a dos vidas de distintas razas, pero con un mismo sentimiento.

Fueron pasando los días tristes del invierno. La nieve fué desapareciendo y empezó a brillar el sol cálido de la primavera. Otra vez los árboles empezaron a adornarse con el verdor de sus hojas y nuevamente las flores empezaban a embriagar el ambiente con su perfume.

El mundo parecía recobrar nueva vida, parecía adquirir de nuevo el encanto de la Naturaleza vivificada y Chu-Chu-San advertía todo este peso del tiempo presintiendo la llegada próxima del petirrojo para hacer su nido en el árbol de la puerta de la casa. Aquel pájaro sería el augurio de que pronto llegaría también Pinkerton, el padre de su hijo, y al pensar en la alegría que recibiría cuando lo supiese, todo su ser temblaba de emoción y de dicha.

Y llegó el petirrojo una mañana y empezó a construir su nido como todos los años. La alegría de Chu-Chu-San no tuvo límites. Ella, que esperaba todos los días a la puerta de su casa la llegada del pájaro, cuando lo vió no pudo contenerse y llamó a su criada, gritando:

—¡Suzuki!... ¡Suzuki!... ¡Ven corriendo!

La pobre mujer se apresuró a salir para ver lo que le pasaba a su amita y cuando estuvo junto a ella, Chu-Chu-San le dijo:

—¡Ya ha llegado el petirrojo!... ¡Míralo allá arriba!

—Es muy esmirriado—respondió despectivamente la criada.

—No, que es muy bonito—protestó la joven.

Y dirigiéndose a su hijo, como si la pudiera comprender, le explicó:

—Cuando tenga el nido acabado vendrá tu papá. Yo le diré al oído que tiene un hijo y el dirá, muy alegre: ¡Qué lindo regalo me haces, Chu-Chu-San! Luego me preguntará... ¿Cómo le llamáis? Y yo le diré, hasta ahora le llamamos diablillos, pero como tú has vuelto, desde hoy le llamaremos alegría... ¿Qué dices tú a eso?

El chiquillo, que más que todo aquel sermón lo que esperaba era la sopilla que le servían de alimento, se puso a lloriquear, y Chu-Chu-San le reprendió cariñosamente, diciéndole:

—Esa es una respuesta muy japonesa y está muy mal hecho, diablillo. Aquí sólo se debe hablar el lenguaje de tu padre... Para eso es el amo de todos nosotros...

Pero, entre tanto, en Nueva York, las cosas pasaban muy distintas de como lo pensaba Chu-Chu-San.

El teniente Pinkerton había vuel-

to otra vez al lado de Adelaida, de aquella mujer a quien conocía desde niño y con la que estaba prometido. Pero ella misma se dió cuenta de que Pinkerton había experimentado un cambio radical. Ya no era el de antes. Había desaparecido aquel optimismo que siempre tuvo, incluso con ella misma, no se mostraba tan enamorado como otras veces, y Adelaida, sin poder adivinar lo que pasaba en el interior de su novio, no hacía más que pensar cuál habría sido la causa para hacerlo cambiar de tal forma.

Pero Pinkerton no se atrevía a decirle el motivo, a medida que los días pasaban la presencia de Adelaida iba borrando el recuerdo que conservaba de Chu-Chu-San y aquellos días pasados en unión de la japonesita le parecían días de ensueños que jamás fueron de realidad.

Su novia, ante el estado de depresión que veía a Pinkerton le dijo en cierta ocasión:

—¿Qué es lo que te pasa?

—A mí, nada.

—¡Algo tendrás!—le dijo de nuevo Adelaida—. Has vuelto del Japón cambiado

—¿Cambiado?... ¿Por qué dices eso?

—Porque por primera vez, desde niños, no me dices lo que te pasa. Tú has sido siempre franco conmigo, jamás me has ocultado nada y no comprendo porque ahora te empeñas en querer hacerme creer que no estás preocupado, cuando se adivina a la legua... Esto me tiene inquieta...

—No hay motivo para ello—le respondió indiferente Pinkerton.

Pero, para la joven, aquella respuesta no era suficiente. Ella amaba a Pinkerton y quería saber la causa de su pesimismo, por lo cual le dijo insistiendo en sus anteriores palabras:

—Tú sabes cuanto te amo y por este mismo amor que siempre nos tuvimos, te pido que me digas qué es lo que tienes.

Pinkerton comprendió que era inútil seguir fingiendo por más tiempo y se decidió, al fin, a decir la verdad. Antes de referirle toda su aventura con Chu-Chu-San, le preguntó temerosamente:

—¿Y si te dijese algo que te lastimase?

—Lo único que puede lastimarme es que me dijeses que no me amas —respondió su novia.

—Eso nunca—exclamó él.

—Pues entonces, habla. Sea lo que sea dímelo—le exigió Adelaida.

Pinkerton, dispuesto a decirle verdad, comenzó refiriéndole su llegada al Japón, su visita a la casa de te de oro y su encuentro con Chu-Chu-

San, hasta llegar incluso a casarse con ella.

Adelaida le escuchaba atentamente y cuando terminó su narración, le dijo:

—Todo eso no es más que una pequeña aventurilla que no debe tener consecuencias en tu vida futura... Ella ya se habrá casado con otro, como tú dices y te habrá olvidado.

La muchacha no podía imaginarse hasta qué punto Chu-Chu-San amaba a su novio. Tal vez si ella lo hubiera sabido, si ella hubiera llegado a sospechar toda aquella pasión que vivía en el corazón de la japonesita habría dejado en libertad a su prometido para que volviese al lado de la otra. Pero él mismo le refirió las costumbres del Japón y no le dió importancia a lo que había pasado, sino que desde aquel momento procuró recuperar de nuevo todo el amor de Pinkerton hasta que lo consiguió finalmente.

Y en este idilio de los que siempre se habían amado pasaron los meses y los años hasta que un día el abuelo de Chu-Chu-San se presentó en casa de su nieta.

El noble Yamadori no había perdido la esperanza de hacer suya a la joven e insistía en sus deseos de casarse con ella, ya que Chu-Chu-San estaba divorciada de su marido, puesto que divorcio se entendía el que él la hubiese abandonado.

El abuelo de Chu-Chu-San, comprendiendo justa la pretensión del noble Yamadori, intentó conseguir el consentimiento de su nieta y le dijo:

—Esto no puede seguir así, hija mía. Tienes que casarte con el noble Yamadori...

Chu-Chu-San miró extrañada a su abuelo y le respondió ingenuamente:

—Venerable abuelo, respeto vuestros deseos, pero, ¿cómo puedo casarme estándolo ya?

—Tu marido te ha abandonado—le dijo su abuelo—. Estás, pues, divorciada.

Chu-Chu-San sonrió cariñosamente y replicó:

—Vos no comprendéis, venerable abuelo. En los Estados Unidos el marido no se divorcia como aquí, diciendo: «Me voy».

Pero el abuelo no quería oír más razones y la interrumpió diciéndole:

—Vuelve con tus padres... ¿Qué sabes tú de lo que pasa en los Estados Unidos?

—Claro que lo sé—exclamó la muchacha—. Mi esposo me lo explicó todo muy bien. El me dijo: «Nadie puede divorciarse sin orden del juez, que es un señor como el cónsul y esperar años».

—Tú te casaste por las leyes del Japón y no valen otras—insistió el abuelo.

—Pero él dijo: «Casados hasta la muerte»—siguió diciendo Chu-Chu-San, dispuesta a seguir el consejo de su marido.

—Pero, ¿no piensas en tu hijo?... Tú te debes a él.

—Por eso mismo no debo casarme —respondió Chu-Chu-San—. Su honorable padre se enojará si no nos encuentra.

El abuelo se levantó indignado ante la tenacidad de su nieta y exclamó indignado al ver que no le obedecía.

—¡Que la maldición de los dioses caiga sobre tu cabeza!... Pero tu hijo será digno de un samurai... ¡Entréganoslo!

Chu-Chu-San se abrazó a su hijo, como si temiera que pudieran quitárselo y exclamó decidida:

—Imposible. El niño es suyo, como es suyo cuanto hay en la casa... Todo lo de aquí es de él. Su dinero... Su hijo... Su Dios... Y yo también... Todos somos suyos.

—Desgraciada—volvió a decirle su abuelo—. Has renunciado a todo lo que es tuyo. Has faltado a tus tradiciones, a tus antepasados, a tus dioses...

—Lo sé—respondió Chu-Chu-San. —Yo no quiero nada más que lo que él quiera... Yo no quiero más que su amor y por él renuncio a todo.

—Está bien—exclamó su abuelo indignado—. Has deshonrado nuestro nombre y las puertas de nuestra casa están cerradas para ti.

Chu-Chu-San abrió los ojos desmesuradamente sintiendo el dolor que le producían aquellas palabras, pero aun su abuelo fué más cruel todavía, puesto que terminó diciéndole:

—Tu madre ya no tiene hija... Adiós.

Salió seguida de la madre de la muchacha y al pasar aquélla cerca de Chu-Chu-San, la infeliz joven le extendió los brazos llamándola dolorosamente:

—Mamá Sam.

Su madre se volvió en un arranque de cariño maternal. Sintió deseos de estrecharla contra su pecho y decirle que ella seguía amándola, pero la mirada severa del anciano detuvo su noble gesto y se apartó de su hija, llevando en el corazón el dolor de aquella separación que le imponían.

Segundos después, en la casa, sólo quedó Chu-Chu-San. Lloraba dolorosamente el abandono en que la dejaban los suyos y estrechando a su hijito en su regazo, lo besó amorosamente diciéndole:

—¡Hijo mío!... Ahora ya no nos queda a nadie... Es decir, sí... Toda-

vía nos queda él. Tu padre volverá por ti, volverá por los dos y otra vez la dicha y la felicidad estará en esta casa.

Suzuki, que la oyó, volvió la cara para que no advirtiera sus lágrimas. Más conocedora del mundo y del corazón humano, la vieja criada estaba segura de que Pinkerton no volvería más. Hacía tres años que se había marchado, sin volver a dar señales de vida y aquello era una prueba de que ni siquiera se acordaba de su esposa, ni menos aún pensaba en volver.

Pero pensó que era una crueldad quitar a Chu-Chu-San aquella ilusión que era toda su vida. Para la pobre joven el regreso de Pinkerton era seguro. Lo esperaba todas las primaveras y a pesar de que éstas iban pasando sin que volviera Pinkerton, no perdía la esperanza porque aquella esperanza era su verdadera vida.

Por tercera vez volvieron los petirrojos a hacer sus nidos en el jardín de Chu-Chu-San y Pinkerton tampoco volvía. No perdía por eso las esperanzas la joven y le decía a su hijito, como si este pudiera comprender el drama que interiormente vivía su madre.

—Es la tercera vez que los petirrojos nos engañan... Quizá en los Estados Unidos son menores trabajadores que aquí.

Suzuki que la oyó se acercó a ella y cariñosamente le preguntó:

—¿Crees que vendrá el honorable señor?

—Ya lo creo—respondió convencida Chu-Chu-San—. Es que creo que en los Estados Unidos los petirrojos no van tan pronto como aquí, pero hoy mismo me enteraré.

—¿Cómo?—preguntó la criada.

—Iré ver al cónsul de los Estados Unidos y él me informará.

Le entregó el pequeño a su criada y salió hacia el consulado americano con el deseo de que le informara y la sacara de aquella duda que tenía respecto al regreso de los petirrojos.

Cuando llegó al consulado dió el nombre de su marido y un ordenanza entró al despacho del cónsul y le dijo:

—Hay una señora que desea hablarle... Es la señora Pinkerton.

—¿La señora Pinkerton?—preguntó el cónsul—. Es raro. Se casó el teniente Pinkerton, pero los hacía a los dos en San Francisco... En fin, que pase.

Salió el ordenanza y poco después hizo entrar a Chu-Chu-San, que se inclinó ante el cónsul diciéndole:

—Muy buenas tardes, honorable señor.

—Buenas tardes—respondió sor-

prendido el cónsul al ver de quién se trataba.

—Usted disculpe que le haya molestado, honorable señor—le dijo de nuevo Chu-Chu-San, con aquella humildad tan característica en ella—. Pero tengo una gran duda y he venido a consultarle.

El cónsul preguntó entonces:

—¿Cómo dijo al ordenanza que se llamaba?

—Soy la esposa del honorable teniente Benjamín Franklin Pinkerton —respondió ella.

El cónsul adivinó lo que había pasado durante la estancia del teniente en el Japón y respondió, mirando cariñosamente a la muchacha:

—¡Ah!... ¡Ya entiendo!

El cónsul era un hombre de unos cincuenta años y al lado de Chu-Chu-San podía ser casi su padre, es decir que le llevaba más del doble de la edad. Con esa amabilidad que siempre sienten las personas de edad por la gente joven le instó a que hablase y Chu-Chu-San le preguntó:

—¿Conoce usted bien al teniente Pinkerton?

—Ya lo creo que lo conozco—respondió el cónsul.

—Pues yo vengo a pedirle una cosa muy importante—le dijo de nuevo Chu-Chu-San.

—Me parece que empiezo a adivinar lo que me va a preguntar... ¡Diga usted!

Chu-Chu-San animada por la bondad con que la trataba el cónsul, le preguntó ingenuamente:

—¿Entiende usted de pájaros?

—¿De pájaros?—preguntó sorprendido por la pregunta el cónsul, sin saber qué es lo que quería decirle con ello—. Pues bien, sí, entiendo algo.

—Ya sabía yo que usted lo sabía... Por eso su país lo ha mandado aquí porque usted sabe de todo.

El cónsul se sentía conmovido ante la inocencia de aquella chiquilla y le respondió cariñosamente:

—No de todo, de algo nada más.

—Bueno, pero entiende algo de petirrojos chiquitines, ¿verdad?

—Quizá... Veamos de qué se trata.

—¿Cuántas veces hace el petirrojo su nido en América?—le preguntó Chu-Chu-San.

El cónsul temiendo que podía darle una respuesta indiscreta antes de saber el motivo de aquella pregunta, inquirió:

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Porque yo creo que no los hace tantas veces como aquí. Yo creo que debe hacerlo cada tres años, o quizá cada cuatro.

—No comprendo—respondió el cónsul.

—Verá—siguió explicándole Chu-Chu-San con aquella graciosa ingenuidad que sabía poner en sus palabras—. El teniente me dijo que volvería cuando el petirrojo hiciese su nido... El petirrojo japonés ha hecho su nido tres veces... y él todavía no ha regresado... ¿Por qué no ha regresado, si el petirrojo ya ha hecho el nido?

Adivinó el cónsul toda la sublimidad del alma de aquella criatura e interiormente sintió una gran compasión por ella. Pensó que el decirle que Pinkerton se había casado en América y que no volvería más era una crueldad y para hacer que siguiese manteniendo aquella esperanza le respondió:

—Ahora recuerdo que en los Estados Unidos los petirrojos hacen nidos cada tres años.

Al oír aquellas palabras que afianzaban su esperanza Chu-Chu-San sintió tal emoción que tuvo que sostenerse para no caer. El cónsul acudió solícito a prestarle ayuda y pasado aquel instante, la muchacha le sonrió cariñosamente y le dijo:

—Ya ha pasado, muchas gracias... Ha sido la alegría de saber que todavía no ha hecho el petirrojo su nido en los Estados Unidos.

—Puede estar segura de ello señora Pinkerton—le dijo el cónsul para darle mayores ánimos.

Chu-Chu-San le cogió las manos y besándoselas de la misma forma que la había enseñado su esposo le dijo:

—Es usted el hombre más bueno del mundo.

El cónsul sonrió y bromeando con ella le dijo:

—El más bueno, excepto...

—Excepto mi esposo—terminó de decir ella, al mismo tiempo que hacía ademán de marcharse, pero antes de salir se volvió al cónsul y le dijo:

—Voy a pedir al Dios de mi esposo que le haga venir pronto.

—Bien pensado—le respondió riendo el cónsul, que cada vez se sentía más conmovido por aquel amor que la muchacha demostraba hacia el teniente.

—El Dios de mi esposo es muy poderoso—siguió diciéndole ella—pero pienso también una cosa.

—¿Cuál?—interrogó el cónsul.

—Pienso que tal vez no entienda mi idioma... Quizá el Dios de mis antepasados me comprenderá mejor. ¡Quién sabe si le hará volver!

—Tal vez. Pídaselo a él.

Y Chu-Chu-San, llena otra vez su

alma de un alegre optimismo salió del consulado, mientras que el cónsul llamaba a uno de sus secretarios y le decía:

—Copie el siguiente telegrama:

«Teniente B. F. Pinkerton... Escuadra del Pacífico... Yokohama. Interesa su presencia en el consulado.»

Firmó el despacho y le dijo:

—Que lo transmitan con urgencia.

EL REGRESO

Como había dicho el cónsul, el teniente Pinkerton se había casado con Adelaida.

Estaba seguro de que Chu-Chu-San cuando se diera cuenta de que no volvía se habría casado otra vez siguiendo las costumbres de su país. El recuerdo que en los primeros meses tenía de ella fué esfumándose con la presencia de Adelaida, y terminó, al cabo de aquellos tres años, por quedar completamente borrado.

Lo que menos podía acordarse él era de Chu-Chu-San. Aquella boda no podía tener trascendencia en su vida y por lo mismo se entregó al amor de su esposa con todo el frenesí de su juventud.

No es que fuese malo Pinkerton, sino que inconscientemente se dejaba llevar por las circunstancias sin poner nada de su parte para encauzarla a medida de sus deseos. Era un hombre que se dejaba llevar tranquilamente por la corriente de la vida sin que hasta entonces hubiera encontrado un obstáculo que lo hiciera detener en su curso.

Su sorpresa fué grande cuando se recibió la orden de tener que partir hacia Yokohama. Pero precisamente la escuadra estaba preparando aquellos días un crucero y aprovechó aquella casualidad para ir, sin tener que abandonar su destino.

Adelaida, temiendo que la estancia, en el Japón, de su esposo pudiera hacer renacer los antiguos recuerdos decidió ir también, aunque como es natural, por sitio distinto.

Imposible describir la inmensa emoción de Chu-Chu-San cuando vió aparecer en el horizonte la flota americana. El corazón le saltaba en el pecho, de alegría, con la seguridad de que su esposo venía en uno de aquellos barcos. Desde que los vió aparecer pareció otra distinta. Desapareció de sus ojos aquella tristeza que hasta entonces los empañaba y sus labios volvieron a sonreir alegremente. Preparaba todo lo de la casa con la fruición propia de la que ve que ha llegado por fin la concesión de sus deseos y era como un pajarillo que había recobrado de nuevo la libertad.

Cogió a su pequeño y llevándoselo a la gran ventana de la casa, desde donde se veía el jardín y tras él el mar y le dijo, señalándole los barcos:

—Ria, diablillo, ríe... ¡Tu papá vendrá pronto!

Lo llevó luego donde estaba el retrato del teniente y mirando la cara de su hijo y la del padre de éste exclamó orgullosa:

—La misma cara... Ya verás, él vendrá y cuando te vea quedará sorprendido. En seguida verá que eres su hijo... Cosa muy fácil porque te pareces mucho a tu honorable padre... ¿Verdad Suzuki?

La criada con esa compasión que le merecía el amor de su amita respondió sonriendo:

—No me había dado cuenta hasta ahora.

—Tú no te das cuenta de nada hasta que yo te lo digo—respondió rabiosilla la muchacha—. Pero ya verás qué alegre estará la casa cuando él esté en ella. Mira, vas a ir corriendo a comprar flores, muchas flores.

—¿Con qué dinero?—preguntó ingenuamente Chu-Chu-San.

La criada sacó algunos yens que le quedaban y se los enseñó diciéndole:

—Esto es todo el que queda.

Chu-Chu-San quedó durante unos segundos pensativa. Si compraba las flores no podrían comer. Por fin decidió esto último. Preferible era no comer aquel día antes de que su marido no viese la casa bonita. Por lo mismo, riendo alegremente, exclamó:

—Mira, lo gastaremos todo... como los norteamericanos... Corre, ves antes de que pueda llegar.

Y mientras que la criada iba a comprar aquellas flores, Chu-Chu-San, con una alegría infinita, preparaba la casa tal como la había dejado Pinkerton.

En el lugar de costumbre colocó su sillón, sobre el respaldo del mismo la bata que él solía ponerse y a

los pies del sillón las zapatillas de Pinkerton. En una mesita al lado del sillón fué colocando la pipa, el tabaco, las cerillas, la botella del «whisky», el vaso y todo lo que usó su marido durante su estancia allí. Y a cada objeto que iba colocando iba dándole un beso. Parecía imposible que en un corazón cupiese tanta ternura como la que Chu-Chu-San sentía para cuanto pertenecía a su marido. La hubiera matado él mismo y habría muerto ella bendiciendo su nombre.

Mientras ella se entregaba febrilmente en todos estos preparativos, la flota anclaba en el puerto y los oficiales empezaban a desembarcar. Entre ellos, uno de los primeros que llegó a tierra fué Pinkerton. En el mismo puerto se encontró con su esposa que había ido a recibirlo, y al verla exclamó:

—¡Adelaida!

—Llego primero que tú—respondió ella alegremente, abrazándolo—. Hace dos días que estoy aquí, con tu amigo Barton.

En efecto, Barton había acompañado a Adelaida, más que por nada por evitar cualquier disgusto a su amigo, ya que presumía que la llamada del cónsul tenía alguna relación con Chu-Chu-San. Durante aquellos dos días Barton había indagado la vida de Chu-Chu-San. Sabía que no había vuelto a casarse y que esperaba el regreso de Pinkerton con esa seguridad que le daba el inmenso amor que por él sentía. Aquello que pareció en un principio que no tendría ninguna complicación empezaba a resultar un asunto difícil y Barton se alegró de haber ido.

—¿Ya sabes que el cónsul da uno de sus bailes?—le dijo Barton a su amigo.

—Pues no pienso ir a verlo hasta mañana. Estoy cansadísimo.

Subieron los dos esposos a un cochecillo tirado por un indígena, después de despedirse de Barton, y se dirigieron hacia el hotel donde se hospedaba Adelaida.

Al encontrarse nuevamente en el Japón, otra vez los recuerdos de Chu-Chu-San asaltaron la mente del teniente. Recordó cuanta felicidad había gozado allí hacía tres años y a toda ella veía asociada el precioso rostro de Chu-Chu-San.

—¿Con quién vivirá ahora?—se preguntó a sí mismo, seguro de que, desde su ausencia, Goro la habría casado varias veces.

Pero Chu-Chu-San, entretanto, seguía arreglando la casa, para esperar a su marido con toda la ilusión de que se hallaba poseída en aquellos instantes.

—El pequeño, que empezaba ya a hablar, como no había oído más el nombre de su padre, y como en todas las conversaciones de su madre ésta había procurado inculcarle un gran cariño hacia su padre, preguntó:

—¿Vendrá pronto honorable papá?

—Sí, vendrá muy pronto—respondió besándolo Chu-Chu-San y pensando en la alegría que recibiría el teniente cuando viese que su hijo hablaba el mismo idioma que él.

Porque Chu-Chu-San, en su adoración por todo lo que fuese de su marido, había hecho que el niño aprendiese a hablar en inglés en vez del idioma del país y todas las costumbres que vió ella en Pinkerton se las iba enseñando para que fuese un perfecto americano.

Llamó a Suzuki y le dijo riendo:

—Verás cómo le haremos una broma al honorable teniente. En cuanto llegue tú esconderás al niño, y cuando yo dé una palmada saldrás con él como si fuese un mago.

En aquel instante sonaron seis campanadas de un gongo dadas en uno de los templos y Chu-Chu-San exclamó nerviosamente:

—¡Seis campanadas!... ¡Pronto estará aquí!

Corrió a la ventana que daba al jardín y al mar y dijo sentándose en ella:

—¡Desde aquí le veremos venir!

Suzuki se sentó junto a ella teniendo el niño en los brazos y esperaron allí la llegada del teniente.

Dieron siete campanadas, ocho, nueve y el teniente no llegaba. Pero no por eso dejaron de seguir esperando. Y las horas de la noche iban transcurriendo angustiosamente, sin que Pinkerton apareciese.

Primero fué el niño, quien quedó rendido por el sueño, y a media noche lo fué también la criada, que se quedó dormida allí mismo.

La única que no dormía era Chu-Chu-San. Sus ojos no se apartaban del sendero que conducía a la casa esperando ver llegar de un momento a otro al dueño de su vida.

Los primeros resplandores de la aurora comenzaron a dibujarse en el horizonte y aun permanecía Chu-Chu-San con la vista fija en aquel sitio por donde debía llegar su esposo. Más que un ser vivo, parecía una estatua de porcelana por la inmovilidad de toda ella.

Al fin se despertó Suzuki, y al ver a su amita despierta le dijo cariñosamente:

—Ya ha pasado la noche... ¿Por qué no te vas a descansar?

—Porque él no tardará en llegar.

La criada comprendió que era inútil seguir alentándola en aquella esperanza y le respondió:

—Es inútil que esperes, Chu-Chu-San... no vendrá.

—¿Que es inútil?—exclamó indignada, tal vez por primera vez en su vida. Y suavizando inmediatamente el tono de su voz le dijo:

—Yo esperaré siempre... siempre...

—Te ha olvidado, Chu-Chu-San—volvió a decirle conmiseративamente la criada—. Todos te han olvidado.

—No, Suzuki—le dijo la joven—. No me digas eso... No me gusta que hables así...

La criada entró dentro de la casa mientras que Chu-Chu-San, sola con sus pensamientos, se repetía a sí misma:

—El volverá... El no olvida... El vendrá... El cónsul dice que cada tres años van allí los pelirrojos... Volverá...

UNA VIDA PARA UN AMOR

Pinkerton había sido llamado por el cónsul y éste le dió cuenta de la entrevista que había tenido con Chu-Chu-San diciéndole:

—Su situación es dolorosa. Sus parientes la han abandonado por no quererse casar otra vez y esa niña está sin recursos... Da lástima verla. Adora en usted como en un Dios y no habrá nadie que la convenza de que usted no ha de volver.

—¿Y qué me aconseja usted que haga?—le preguntó el teniente.

—Es muy difícil el consejo en esta situación en que usted está, pero yo sé lo que haría en su caso.

—Dígamelo—le respondió el teniente—. Le prometo hacer igual, siempre que no se trate de abandonar a mi esposa.

—Nada de eso—replicó el cónsul.—Nuestras civilizaciones son distintas, como distintas son también nuestras razas. Lo que usted debe hacer es volverla a ver y desengañarla por usted mismo de que no volverá más a su lado. Tal vez de esta forma ella vuelva a casarse y consiga algún día, aunque lo veo muy difícil, olvidarlo.

—Está bien—respondió el teniente—. Comprendo lo desagradable que es este paso que usted me aconseja que dé, pero también comprendo que tengo obligación de darlo y hoy mismo iré a verla... ¿Sabe dónde vive?

—Usted también lo sabe—le dijo el cónsul—. Está en la misma casa.

—Muchas gracias—respondió despidiéndose el teniente.

Al llegar al hotel, su esposa advirtió la nerviosidad de que estaba poseído y le preguntó:

—¿Qué te ha dicho el cónsul?

—Me ha hablado de ella.

—¿De quién?—preguntó Adelaida, que ni siquiera pensaba en aquellos instantes en la japonesa.

—De Chu-Chu-San—respondió su marido—. El cónsul dice que no se ha casado y que me espera... No me he portado bien con ella.

—¿Qué culpa tienes tú?—le dijo su mujer—. Tú te casaste con ella, creyendo que todo se reduciría a una aventura de soltero, pero sin que fuese un compromiso formal... De nada puedes acusarte.

Pinkerton suspiró tristemente. Diferia su pensamiento del de su mujer y por lo mismo le dijo:

—Yo querría poder pensar como tú, pero no puedo. Es más, temo nuestra entrevista.

Adelaida lo acarició solícitamente y le dijo:

—Todo eso es hijo de tu bondad. Ya verás cuando hayáis hablado como se arreglará todo... Puedes darle bastante dinero para asegurar incluso su vida... Hasta le puedes señalar una pensión... No creo que pueda pedir más una japonesa, que ser tratada como si fuera una americana...

—Ojalá sea como tú dices—respondió su marido, verdaderamente preocupado—. ¿No te importa que vaya a verla?

—Me importaría que no fueses—le dijo sonriendo su mujer.

—Es que yo quisiera pedirte otra cosa—le dijo su marido.

—Veamos—le dijo Adelaida, como si fuese un niño a quien estaba dispuesta a complacer.

—Pues querría que me acompañases... Me sentiría más seguro de mí mismo...

—Pues por eso no te preocupes—replicó riendo su mujer—. Iré contigo y así no tendrás nada que temer.

Lo abrazó riendo alegremente y los dos esposos por unos instantes permanecieron en aquella actitud, como si temieran que algo pudiera venir a separarlos.

Pinkerton entró a su cuarto, se mudó de ropa y al cabo de unos minutos volvió a salir diciéndole a su mujer:

—Ya estoy listo.

—Yo también—respondió ella.

—Pues cuando quieras... Hay que acabar esto en seguida.

—Por mí podemos ir ahora mismo.

Salieron del hotel. En la misma puerta encontraron un cochecillo y al indígena que tiraba de él Pinkerton le dió la dirección de la que

había sido hacía tres años su nido de amor.

Con ese paso rítmico, pero continuo de los conductores de cochecillos, el indígena los llevó hasta la puerta del jardín, donde paró para que bajase Pinkerton.

—Yo te espero aquí—le dijo Adelaida.

Chu-Chu-San había oído los pasos de su esposo acercarse y corrió a la puerta, sin ver que al otro lado del jardín estaba la misma mujer que ella había visto en la fotografía.

Era tal su emoción que sólo pensaba en que su marido había llegado nuevamente.

Corrió en busca de la criada y le dijo saltando como una chiquilla:

—¡Suzuki, aquí está ya!... Esconde al nene... No hagáis ruido, ni salgáis hasta que yo dé una palmada... Ya sabes lo que te he dicho.

Cuando se escondió la criada corrió a la puerta a recibir al teniente y al llegar a él se colgó de su cuello diciéndole:

—¡Tanto tiempo sin verte, esposo mío!

Lloraba de alegría, y desbordando su contento no dejaba de besarlo, al mismo tiempo que le decía:

—Yo estaba segura de que volverías... Me lo decía el corazón... Se lo he pedido a mis dioses y al tuyo también...

El teniente tenía la vista clavada en el suelo. Aquel amor tan inmenso, tan sublime, le hacía daño. Se reprochaba a sí mismo haber encendido aquella pasión en el corazón de aquella mujer que lo adoraba como si fuera un Dios.

No se atrevía a decirle nada, y ella, sin advertir el silencio del teniente, continuó diciendo alegremente:

—Entra a la casa... Todo está igual que tú lo dejaste, excepto que te tengo una sorpresa...

Pinkerton sufría horriblemente. Aquel instante tan doloroso que él había presumido había llegado al fin, y tímidamente, como quien se acusa de un grave pecado, le dijo:

—Tengo que irme, Chu-Chu-San.

La joven sintió todo el dolor de aquella respuesta, miró fijamente a su marido, y al fin, creyendo que quería engañarla le dijo sonriendo:

—¿Quieres hacerme una broma?... ¿Has olvidado el permiso?—Y le buscó en la guerrera en el sitio que él siempre solía ocultarle los regalos que le traía.

Pinkerton comprendía que prolongar aquella situación era una crueldad. Debía acabar cuanto antes, decirle la verdad y huir de allí.

—No bromeo—le dijo— Es verdad que tengo que irme, Chu-Chu-San.

—¿Acaso se va otra vez el buque? —preguntó con tristeza Chu-Chu-San— Si es por esto lo sentiré mucho, pero te esperaré otro poquito hasta que puedas volver para siempre.

—No volveré más—le dijo casi llorando el teniente.

Chu-Chu-San le hizo levantar la cabeza, le obligó a que la mirara y presintiendo su corazón que era verdad lo que le decía su esposo, le preguntó:

—¿Dices que no volverás más?

—Sí—respondió él.

—¿Por qué?... ¿Qué te he hecho yo?

Y al hacerle aquella pregunta avanzó unos pasos hacia él. Fueron los suficientes para que descubriese el cochecillo que había traído al teniente y para que viese en él a Adelaida. Entonces comprendió Chu-Chu-San toda la verdad. Entonces fué cuando se dió cuenta de que Pinkerton decía la verdad al decirle que no volvería más. Durante unos segundos quedóse mirando a Adelaida y por fin exclamó:

—¿Es la misma del retrato?

—Sí—respondió Pinkerton dolorosamente—. Es... mi... esposa.

—¡Tu... esposa!... Ahora... ahora comprendo...

Pinkerton quiso dar una explicación a su conducta y le dijo para justificarse:

—No pensé que esperarías... Yo creí que me olvidarías...

La pobre niña lloraba amargamente, y sin hacerle el menor reproche, sumisa como siempre lo había sido a él, respondió:

—Sí... comprendo... comprendo... Perdóname por haber hecho tan gran equivocación.

—Tú no puedes comprender cuanto lo siento yo, Chu-Chu-San—le dijo Pinkerton, sintiéndose más animado, después de haber hecho su confesión.

Pero nuevamente Chu-Chu-San anteponía su amor a su dolor y quiso evitar que el teniente pudiera sufrir. Intentó sonreír y le dijo amablemente:

—No te aflijas... ¿Por qué tienes que sufrir?

—Porque me doy cuenta del daño que te he hecho sin querer—respondió Pinkerton.

—No te apures... Todo pasará—le dijo ella cariñosamente—. Tal vez mañana ya viviré de otra forma... Quizá mucho mejor... Yo quiero que seas feliz, muy feliz con tu esposa,

con la única que consideras esposa tuya...

Pinkerton comprendió que había llegado el momento de ofrecerle su ayuda y bondadosamente le dijo:

—Chu-Chu-San, yo no me puedo ir así, yo quiero hacer algo por ti...

—¿Algo por mí?—preguntó ella, pensando que ya nada podría hacer por ella.

—Sí, quiero ofrecerte mi ayuda, quiero que no te falte nunca nada, que no sufras privaciones.

Un gesto de orgullo, de ese orgullo propio de toda mujer que se cree ofendida en su amor, apareció por primera vez en su rostro. Pero aun aquel gesto fué instantáneo y volviendo a su acostumbrada humildad le dijo:

—Muchas gracias...

—Tú dirás lo que quieres...

En sus ojos se advirtió todo el dolor que le causaba aquella oferta y sin querer responder a ella le dijo dignamente:

—Si me disculpas entraré a la casa.

Y sin esperar a más le volvió la espalda, después de una última reverencia, y entró a la casa, mientras que él iba hacia donde estaba Adelaida esperándolo.

Suzuki se presentó con el niño, al oír que entraba sola Chu-Chu-San, y le dijo:

—Dispensa, mi amita, pero asusté de tan largo silencio...

Chu-Chu-San, ante el dolor que sentía, abandonó ese hermetismo tan propio de los orientales, para ocultar sus sentimientos y se abrazó a la criada, diciéndole al mismo tiempo que lloraba:

—¡Se fué, Suzuki...! ¡Ya no es necesario esperarlo más!... ¡Se ha ido para siempre con la dama del retrato!... ¡Volvió, pero volvió con ella!... Ahora es su esposa...

El chiquillo se abrazó a los pies de su madre y Chu-Chu-San lo cogió en sus brazos y le besó frenéticamente diciéndole:

—Hombrecito mío... Has esperado tanto tiempo a tu honorable padre y cuando viene no le he hablado siquiera de ti... ¿Para qué? Tú ya no serías nunca su Alegría... serías... Tristeza...

—¿Y cómo es papá?—preguntó el chiquillo sin darse cuenta del dolor materno.

—Muy hermoso y muy bueno y queremos que sea siempre muy feliz...

El chiquillo, mientras su madre le hablaba, había cogido una daga que había sido de su abuelo y jugaba

con ella. Suzuki, que lo vió, advirtió a Chu-Chu-San.

—Mira cómo aprieta con sus manitas el sable de su abuelo. Ahora es ya un samurai.

—Quizá sea mejor — respondió Chu-Chu-San—. Quizá la ley de los samurais esté escrita en su corazón como está escrita en la hoja de esta daga.

Al efecto, la desenfundó y leyó la inscripción que había en la hoja y que decía:

«Morir con honor, cuando no se puede vivir con él».

Abrazó nuevamente a su hijo y quitó después el retrato del teniente, dejando al descubierto el busto de uno de sus dioses. Otra vez volvía a ser la mujer oriental de sus años infantiles. Nuevamente volvía a tener las mismas creencias. Solamente una cosa permanecía viva en ella y era el amor por Pinkerton. Este no desaparecía de su corazón ni podría borrarlo nunca en su vida.

Se arrodilló ante su dios y rezó durante unos minutos. Al final de ellos besó con fervor a su hijo y llamó a Suzuki diciéndole:

—Llévalo a casa de mi abuelo. El lo hará digno de sus antepasados.

—¿Y tú?—preguntó la criada.

—Yo me quedaré aquí—respondió Chu-Chu-San—. Recuerda que las puertas de mi casa están cerradas para mí.

—Pero tú no te puedes quedar sola. Tu abuelo te perdonará.

Chu-Chu-San comprendió que la criada no la abandonaría nunca y por lo mismo la dijo cariñosamente:

—Yo iré pronto, llevas razón... Pero tú primero y dile a mi abuela que me quedé aquí a implorar a Kwanon para que purifique mi corazón y merecer su perdón.

—Se lo diré—respondió la criada, tomando el niño y saliendo de la casa.

Chu-Chu-San volvió nuevamente a besar a su hijo y exclamó, casi llorando:

—Hagan los dioses que tus días sean felices, hijo mío.

Por fin salió Suzuki y la joven enamorada quedó sola en aquel hogar que había sido para ella tan feliz. Ni un pensamiento de odio guardaba para el hombre que tan involuntariamente había causado la ruina de su vida, ni el menor reproche brotó de sus labios, y con igual cariño que las había ido colocando fué quitando todos los objetos que pertenecieron a Pinkerton.

Guardó sus zapatillas, su bata su pipa, su tabaco, todo cuanto le había servido a él, y cuando ya lo tuvo todo puesto en la alcoba que fué de

desposados, salió otra vez a donde estaba el sillón.

Al pasar por donde el niño había dejado la daga, la volvió a coger, obsesionada por la inscripción que había leído en su hoja. Lentamente se acercó al sillón donde tantas veces había acariciado a Pinkerton y besó su respaldo con fervorosa unción.

Sacó la daga de su funda y levantó los ojos al cielo, como pidiendo misericordia. Luego, con mano firme, sin el menor temor, sin la menor vacilación introdujo la afilada hoja de la daga en su costado y cayó al suelo, junto al sillón. Aún tuvo fuerzas para reclinar su cabecita de muñeca sobre el asiento del sillón y abrazándose a él, como si abrazase a su marido, exclamó con débil voz que hacía presumir su próxima muerte:

—Tú dijiste: «Hasta que la muerte nos separe...» Yo cumplo tus palabras...

Y más débilmente todavía, con los ojos nublados por su próxima agonía, volvió a decir con toda la dulzura que siempre había habido en su alma.

—¡Te amo... Te amo... para... SIEMPRE...

Reclinó suavemente la cabeza sobre el sillón y la muerte, piadosa con aquel corazón que tanto había amado, recogió su cuerpo, que no conoció otra caricia que la del hombre por quien se mataba.

FIN

Ediciones Biblioteca Films

La más antigua novela cinematográfica

PROXIMO NUMERO

EL BESO ANTE EL ESPEJO

Novela dramática de fuerte emoción, de fama mundial cuyo asunto le hará sentir gran emotividad.

NANCY CARROLL — PAUL LUKAS

EN PRENSA — **¡¡¡OTRO ACONTECIMIENTO!!!**

S. O. S. ICEBERG

La más sensacional novela de fantásticas aventuras y exploraciones al Polo Artico, de inusitada emotividad. Protagonista, el valiente y arrojado «AS» de la aviación alemana.

ERNESTO UDET

PRONTO:

Nuevo complemento de grandes éxitos

"AMORIOS"

(Liebeley)

VAMPIRESAS 1933

MATER DOLOROSA

EL COLLAR DE LA REINA

PIDA HOY MISMO EL

CATALOGO ILUSTRADO

DE

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 1934

Y EL CATÁLOGO GENERAL DE EDITORIAL "ALAS" que se remite gratis.

Pídalos hoy mismo a

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

EN PRENSA:

La tercera edición de

EL SIGNO DE LA CRUZ

EL EXITO FANTASTICO DE LA TEMPORADA
QUE COMO SIEMPRE APARECE EN

Ediciones Biblioteca Films

Y POR ESTA RAZON

no tiene competidor

20.000 ejemplares vendidos

¡¡PIDA SU EJEMPLAR!!

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA — PORTADA A TODO COLOR — LA MAS SELECTA

PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

ENTRIGAS DE NINA PETROWNA	Brigite Helm
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
LOS PECADOS DE LOS PADRES	Emil Jannings
EL DESFILE DEL AMOR	Chevalier
EL AMOR Y EL DIABLO	Maria Corda
LA INTRUSA	Gloria Swanson
LA MARSELLESA	L. La Plante
MIS PENTENCIAS	F. Bertini
LA FIERECILLA DOMADA	Mary Douglas
UN HOMBRE DE SUERTE	B. Villiers
CASCARRABIAS	Roberto Rey
NOCHES DE NEW-YORK	R. Talmadge
LA MUJER EN LA LUNA	Willy Fritsch
EL ZEPELIN PERDIDO	Conway Tearle
LAS LUCES DE LA CIUDAD	Charlie Chaplin
SU NOCHE DE BODAS	L. Argentina
DON JUAN DIPLOMATICO	C. Montalbán
EL BARBERO DE SEVILLA	Ladrón de Guevara
LA ULTIMA ORDEN	Emil Jannings
NAUFRAGOS DEL AMOR	J. Mac Donald
EL CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey
EL COMEDIANTE	E. Vitales
LUCES DE BUENOS AIRES	Carlos Gardel
EL TENIENTE SEDUCTOR	Chevalier
EL SECRETARIO DE MADAME	Willy Foret
LA ARLESIANA	José Nogrero
ENTRE NOCHE Y DIA	Elissa D'Algy
LOS OCHO DANZAN	A. Moreno
AL BORDE DEL PRECIPICIO	C. Blackford
M. (El Vampiro de Dusseldorf)	P. Lorre
LA DAMA ATREVIDA	R. Pereda
FATALIDAD	M. Dietrich
EL PRINCIPE GONDOLERO	Roberto Rey
SVENGALI	J. Barrymore
CARNE DE CABARET	Lupita Tovar
EL JOCKEY DE FRANKENSTEIN	B. Karloff
PAGADA	Joan Crawford
CATOLICISMO	H. Fraelich
KISMIT	Loretta Young
CIMARRON	Richard Dix
EL TENIENTE DEL AMOR	H. Froelich
DIRIGIBLE	Jack Holt
LA DAMA DE UNA NOCHE	F. Bertini
NACIDA PARA AMAR	C. Bennet
AVENTURAS DE TOM SAWYER	Jackie Coogan
MARIUS	Raimu
UNA MUJER DE EXPERIENCIA	Nancy Carroll
EL AMOR, LA NOCHE	H. Vaelvetreos
UNA CANCION, UN BESO, UNA MUJER	G. Froelich
UNA HORA CONTIGO	M. Chevalier
DOS CORAZONES Y UN LATIDO	Lilian Harvey
MONNY	Barbe de Nogs
ATLANTIDA	Brigitte Helm
EL EXPRESO DE SHANGHAY	M. Dietrich
COCKTAIL DE CELOS	C. Bennet
UN CHICO ENCANTADOR	Harry Garat
LA REINA DRALA	Pola Negri
VICTORIA Y SU HUSAR	I. Petrowich
EL CONGRESO SE DIVIERTE	Lilian Harvey
REMORDIMIENTO	P. Holmes
¡QUE PAGUE EL DIABLO!	Ronald Colman
EL IDOLO	John Barrymore
BAJO FALSA BANDERA	Richard Dix
MANCHURIA	Frederich March
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO	Silvya Sidney
DAMAS DEL PRESIDIO	Charlotte Bass
ESPERAME	C. Gardel
AMAME ESTA NOCHE	M. Chevalier
UN "AS" EN LAS NUBES	Billie Dove
LA COMEDIA DE LA VIDA	Florelle
UNA NOCHE CELESTIAL	John Boles
POR LA LIBERTAD	Lois Trenker
EL MARIDO DE MI NOVIA	Marie Glory
PRESTIGIO	Adolphe Menjou
ROCAMBOLE	Rolla Norman
14 DE JULIO	Rene Clair
MEDIMIDA	Frederich March
EL MILAGRO DE LA FE	Hobart Bosworth
LA VENUS RUBIA	M. Dietrich
RASPUTIN	Conrat Veidt
LA AMANTE INDOMITA	Bebe Daniels
MERCEDES	I. Santpere-Arcos
SUEÑO DORADO	Lillian Harvey
CORRESPONSAL DE GUERRA	Jack Holt
UNA MUJER PERSEGUIDA	Vinze Gibson
UNA MUJER CAPRICHOSA	C. Colbert
LABIOS SELLADOS	Clive Brook
¿DELINCUENTE?	Boris Karloff
CRUEL DESENGAÑO	B. Stanwyck
INDISCRETA	Gloria Swanson
EL DOCTOR ARROWSMITH	Ronald Colman
DIPLOMATICO DE MUJERES	Marta Eggerth
LA ULTIMA ACUSACION	John Barrymore
LA HIJA DEL DRAGON	Anc May Wong
¿QUE VALE EL DINERO?	G. Bancroft
VIAJE DE NOVIOS	Brigitte Helm
PARTO DE TIBURONES	Howard Robinson
EL ROBINSON MODERNO	D. Fairbanks
SOLTERO INOCENTE	M. Chevalier
I. F. L. NO CONTESTA	Charles Boyer
MELODIA DE ARRABAL	Argentina Gardel
EL SIGNO DE LA CRUZ	Mariet. E. Landi
TODO POR EL AMOR	J. Kiepura
DANTON	J. Gretillat
ESTRELLA DE VALENCIA	Brigitte Helm
CASADA POR AZAR	Clark Gable
KING-KONG	Fay Wray
YO Y LA EMPERATRIZ	Lilian Harvey

EDITORIAL "ALAS" Apartado de Correos 707
Valencia, 234 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo Remitan cinco céntimos para el certificado Franqueo gratis.

CANCIONERO POPULAR

El primero en su género y el que todos imitan

32 Páginas de texto: 30 cts.

VEINTE CANCIONES CADA CUADERNO

Carlos Gardel	El Cante Jondo	Olvido Rodríguez
José Mojica	Carlos Gardel (Nuevos tangos)	Josefina Baker
Roberto Rey		Juan B. Giliberti
Blanca Negri-Alady	Dolly Haas	Conchita Piquer
Enriqueta Serrano	Lupe Rivas Cacho	Gaynor - Farrell
Felisa Galé	Mercedes Serós	Olimpia de Córdoba
Orquestina Planas	Custodia Romero	Goyita Herrero
L. Harvey-H. Garat	Emilio Sagi-Barba	Raquel Meller
Maurice Chevalier	Marcos Redondo	Elvira de Amaya
Ramper	Marlene Dietrich	Argentinita
Azucena Maizani	Agustín Irusta	Miguel Fleta
Mario Visconti	Luisita Esteso	Meg Lemonnier

NUMERO EXTRAORDINARIO

Precio **0'60** ptas. Dedicado a *Imperio Argentina*

ALMANAQUE 933

Precio **UNA** peseta Dedicado al genial estilista *Carlos Gardel*

CANCIONERO 1933 - 1934

Carmelita Aubert - Carlos Gardel
Imperio Argentina - Margarita Carbajal
Estrellita Castro.

ALMANAQUE 1934

Dedicado a los célebres artistas
Imperio Argentina - Celia Gámez - Carlos Gardel
Azucena Maizani - Libertad Lamarque

PEDIDOS A

Editorial ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Incluimos cinco céntimos para el certificado. Prospectos gratis

SE ESTÁ AGOTANDO
LA SEGUNDA EDICIÓN

DE

EL SIGNO DE LA CRUZ

20.000 ejemplares

vendidos en dos meses

EL RECORD

de las novelas cinematográficas

AYER COMO HOY
HOY COMO MAÑANA

Biblioteca Films

no tiene competidor

UNA peseta